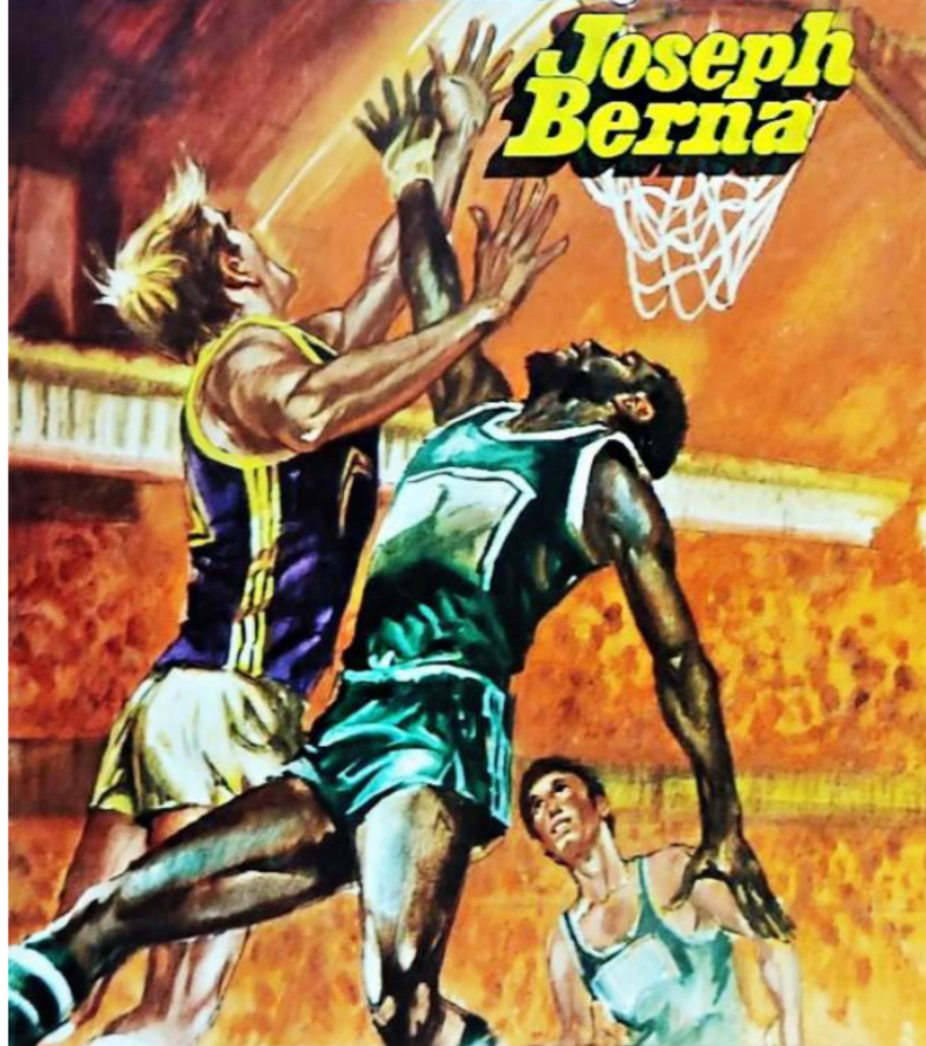
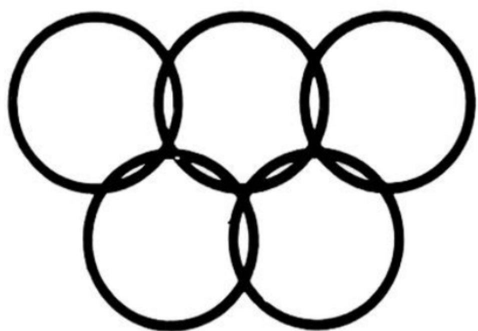
BRUGUERA

BOLSILIBROS

ACCION

EL REY DEL BASQUET





COLECCION
DOBLE JUEGO





JOSEPH BERNA

EL REY DEL BASQUET

Colección
DOBLE JUEGO n.º 63
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

58 — Historia de un «crack», *Lem Ryan*
59 — Golpea fuerte, Roger, *Adolf Quibus*
60 — Rebote fatídico, *Adolf Quibus*
61 — Locura púrpura, *Curtis Garland*
62 — La lesión, *Lem Ryan*

ISBN 84-02-09277-2
Depósito legal: B. 13.905-1983

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1983
2.ª edición en América: diciembre, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, K.m 21.650) Barcelona 1983

CAPÍTULO PRIMERO

En las instalaciones deportivas de Los Pumas, uno de los mejores equipos de baloncesto de los Estados Unidos, se estaba disputando un partido pleno de interés, emoción y buen juego.

El rival de Los Pumas, club que tenía su sede en la ciudad de Los Ángeles, era otro gran conjunto. Se trataba de Los Jirafas de Philadelphia.

Los Jirafas, al igual que Los Pumas, aspiraban a proclamarse campeones del torneo. Y podían conseguirlo, ya que iban terceros en la clasificación, a solo dos puntos del equipo de Los Ángeles, y a cuatro de Los Canguros de Atlanta, conjunto que en aquellos momentos ostentaba el liderazgo del torneo.

Los Canguros estaban realizando una campaña espléndida, pero también la temporada de Los Pumas y Los Jirafas estaba siendo extraordinaria, por lo que cualquiera de los tres podía alzarse con el triunfo final.

Algún otro equipo contaba también con posibilidades, pero lo tenían ya más difícil, porque quedaba poco campeonato y la diferencia de puntos entre los tres primeros clasificados y los equipos que ocupaban los puestos cuarto, quinto y sexto parecía poco menos que insalvable.

En teoría, y seguramente también en la práctica, el campeón saldría del terceto de equipos que figuraban al frente de la tabla clasificatoria.

El conjunto más compacto, más equilibrado, y más compensado era sin duda el de A danta. En Los Canguros no había jugador estrella, porque todos lo eran. Incluso los que no formaban de salida en el «cinco» titular. Los suplentes eran tan buenos como los titulares, y a ello se debía, en gran parte, el éxito que estaba teniendo el equipo de A danta en el actual campeonato.

Con un banco tan fenomenal, poco importaba que un jugador titular se viera obligado a abandonar la cancha por haber cometido su quinta falta personal, ya que su sustituto podía hacerlo tan bien como él y el equipo no lo acusaba lo más mínimo.

Ello, además, permitía al preparador de Los Canguros realizar continuos cambios en el transcurso de un partido, evitando que los jugadores acusasen cansancio y, en consecuencia, pérdida de reflejos.

Era muy importante poder mover el banco.

Meter a cada dos por tres un jugador de refresco. O dos.

O más.

En cierta ocasión, el preparador de Los Canguros cambió incluso al

equipo entero, retirando a los cinco jugadores que se encontraban en la pista y sacando a los cinco que estaban con él en el banco de los suplentes.

Y el conjunto no se resintió.

Siguió rindiendo de maravilla, demostrando que todos los componentes de la plantilla de Los Canguros tenían una gran categoría.

El caso de Los Pumas de Los Ángeles era bien distinto. Ellos sí tenían un jugador estrella.

Se llamaba Eddy Gibbs.

Era el mejor jugador del equipo. Y probablemente del país.

Eddy Gibbs era un verdadero fenómeno, al que ya habían bautizado con el nombre de:

El Rey del Básquet.

Contaba veintiséis años de edad, tenía el pelo rubio, y las facciones agradables. Medía 2,02 de estatura, que no estaba nada mal, pues si bien no era uno de los jugadores más altos del campeonato, tampoco era de los bajos, evidentemente.

Eddy Gibbs era, además, un jugador muy rápido.

Se movía por la cancha con una agilidad realmente sorprendente en alguien que rebasa los dos metros de estatura. Y es que Eddy era un atleta completo.

Potencia, velocidad, extraordinarios reflejos, agilidad, elasticidad... Lo reunía todo.

Esto en cuanto al aspecto físico, claro.

Técnicamente, también era algo asombroso.

Sabía marcar al contrario, desmarcarse con habilidad, lanzar a canasta con seguridad, desde cualquier distancia o posición en la cancha...

Sus encestes, realmente fantásticos, ponían de pie a los espectadores y arrancaban estruendosas ovaciones.

Eddy Gibbs era un ídolo para los aficionados. El alma del equipo.

Los Pumas, sin Eddy, no estarían luchando por el título, porque no ocuparían el segundo lugar de la tabla, sino el cuarto, el quinto, el sexto, o tal vez un lugar aún más bajo.

No tendrían posibilidad de ser campeones, ya que todo el juego del conjunto se basaba en Eddy Gibbs, en su inteligencia, en su gran capacidad física y técnica, en sus magníficos lanzamientos, en sus genialidades...

Eddy era insustituible. Y él lo sabía.

Por eso procuraba cometer muy pocas faltas personales.

Su concurso era necesario durante todo el partido, y Max Luft, el preparador de Los Pumas, no le daba ni siquiera un par de minutos de descanso, porque sabía que el equipo contrario se aprovecharía de ello.

Por fortuna, Eddy no necesitaba descansos, ya que su extraordinaria constitución física le permitía aguantar perfectamente todo el partido al

mismo ritmo.

Sus compañeros, a su lado, se agigantaban y parecían mejores jugadores de lo que realmente eran. En cambio, cuando actuaban sin él, se acomplejaban y se empequeñecían, rindiendo menos de lo que podía considerarse normal. El nerviosismo les hacía cometer errores impropios de jugadores profesionales.

Los Pumas tenían que jugar con Eddy Gibbs. Sin él, no sabían.

Afortunadamente, era muy raro que Eddy abandonase la cancha antes de haber concluido el partido, por las razones anteriormente expuestas.

En la confrontación con Los Jirafas, Eddy había cometido solamente dos faltas personales. Y como faltaban apenas seis minutos para que finalizase el partido, parecía seguro que la estrella de Los Pumas no tendría que dejar el terreno de juego antes de hora.

El marcador, en aquellos momentos, señalaba un 72-68 favorable al conjunto de Los Ángeles.

Era un resultado muy apretado.

Y es que el partido estaba siendo terriblemente disputado.

Los Jirafas no querían perderlo, porque quedarían a cuatro puntos de Los Pumas y seguramente a seis puntos de Los Canguros, pues se esperaba que el equipo de Atlanta ganase también su partido y de forma rotunda, ya que no se enfrentaba en aquella jornada a un rival de los considerados difíciles de doblegar.

Quedar a seis puntos del primero y a cuatro del segundo, a tan pocas jornadas del final del campeonato, sería como decir prácticamente adiós al título de campeón.

Y, como el equipo de Philadelphia no quería despedirse de él, había afrontado el partido con unas ganas tremendas. Luchaban todos como jabatos, sin desmayo, desde el primer minuto.

El conjunto de Los Ángeles, que tampoco quería despegarse de Los Canguros, peleaba también ardorosamente por el triunfo. Tenían que vencer a Los Jirafas y continuar a solo dos puntos del equipo de Atlanta, con posibilidades de alcanzarle al menor descuido.

El marcador, desde el inicio del encuentro, había sido muy apretado.

En muchos momentos había señalado empate.

Ninguno de los conjuntos conseguía despegarse del rival de una manera clara. Las ventajas, para uno u otro equipo, eran tan cortas que no decidían nada.

Los seis minutos que restaban de partido iban a ser tremendos. Y es que el marcador electrónico señalaba ahora un 72-70.

Los Jirafas acababan de encestar, reduciendo la corta ventaja que tenían Los Pumas.

El técnico del equipo de Philadelphia, puesto en pie, gritaba

instrucciones a sus jugadores, pero estos apenas le oían, porque el recinto deportivo era un hervidero.

Los aficionados no paraban de animar al equipo local. Y, de manera especial, a su jugador estrella.

Eddy Gibbs avanzaba con la pelota, botándola con seguridad.

El preparador de Los Pumas también repartía instrucciones, haciendo una especie de megáfono con sus manos, para ver si así le dan mejor sus jugadores.

Era muy difícil, porque el griterío era realmente ensordecedor.

Eddy burló la entrada de un contrario, pasó el balón a un compañero, y se metió rápidamente en la zona del equipo rival, esperando la devolución de la pelota.

La recibió, esquivó al «pívot» de Los Jirafas, y logró encestar, poniendo el marcador en 74-70.

La ovación fue tremenda.

Sin embargo, la alegría de los seguidores del equipo de Los Ángeles duró poco, ya que Los Jirafas contraatacaron magníficamente y consiguieron una nueva canasta, 74-72.

La ventaja de Los Pumas se acortaba de nuevo.

Eddy, siempre sereno, organizó el nuevo ataque de su equipo. Envió la pelota a la izquierda.

El pase era bueno, pero el compañero que debía recibir el balón falló la recogida, sin duda a causa de los nervios, y la pelota quedó en poder de Los Jirafas.

El equipo de Philadelphia contraatacó con rapidez y...

¡74-74!

¡Empate!

¡Y a solo tres minutos y algunos segundos del final! La emoción era indescriptible.

La tensión, máxima.

Los tres minutos que restaban de partido iban a ser de infarto.

CAPÍTULO II

Eddy Gibbs avanzaba de nuevo con el balón. Con el gesto, pidió calma a sus compañeros.

Debían jugar tranquilos, sin nervios, porque solo quedaban tres minutos para el final de la confrontación y los fallos, a aquellas alturas del partido y con el marcador reflejando un empate, se pagaban muy caros.

Sus compañeros lo sabían, pero no podían controlarse con la misma facilidad que Eddy. Se sentían abrumados por la responsabilidad, por la trascendencia del partido, por la importancia de los dos puntos que estaban en juego.

Eddy, para infundir ánimo y confianza a sus compañeros, efectuó un lanzamiento desde lejos. El balón, realizando una maravillosa parábola, pasó por encima de las manos de los jugadores rivales que trataron de interceptarlo, saltando todo lo que pudieron, y cayó justo sobre el aro, colándose limpiamente en él.

La ovación hizo temblar el recinto deportivo.

¡76-74!

¡Los Pumas adquirían nuevamente ventaja!

¡Y lo debían al sensacional lanzamiento de Eddy Gibbs! Eddy volvió a pedir serenidad a sus compañeros. Debían intentar mantener la ventaja.

Evitar que Los Jirafas empatasen de nuevo el partido.

Los jugadores del equipo de Philadelphia estaban presionando ya.

Intentaban penetrar en la zona defendida por el conjunto de Los Ángeles, pero no encontraban resquicio, por lo que tuvieron que arriesgarse a tirar a canasta desde media distancia.

Eddy pegó un salto increíble y desvió la trayectoria del balón, que iba muy bien dirigido. Seguramente hubiera supuesto un nuevo empate, pero la extraordinaria acción de la estrella de Los Pumas lo evitó.

Momentáneamente, al menos, porque dos jugadores, uno de cada equipo, estaban luchando ya por hacerse con la posesión de la pelota.

El árbitro estimó que el jugador de Los Pumas había cometido una personal y no dudó en señalarla, castigando al equipo local con dos tiros libres.

Los aficionados abroncaron al juez de la contienda, porque consideraban que la falta no había existido. Pero no sirvió de nada, claro, porque las decisiones del árbitro eran inapelables.

El jugador de Los Jirafas se colocó frente al aro de Los Pumas y se dispuso a efectuar los lanzamientos.

El público lo abucheó con fuerza, para ponerlo nervioso y hacerle fallar, pero el jugador era veterano y estaba acostumbrado a ello, por lo que no le afectaron los gritos de los aficionados locales.

El primer lanzamiento fue limpiamente transformado por el jugador de Los Jirafas y el marcador señaló 76-75.

Segundos después, el marcador señalaba 76-76.

El segundo lanzamiento también había sido transformado. Nuevo empate.

Y un minuto menos de tiempo para el final del partido. Solo faltaban dos.

Los Pumas se lanzaron hacia la canasta de Los Jirafas, animados por su público. Había que deshacer la igualada.

¡Y pronto!

Los Jirafas defendían su zona con uñas y dientes.

Y nunca mejor utilizada la frase, porque los jugadores de Los Pumas recibieron varios arañazos y hasta algún que otro mordisco, propinados con mucho disimulo, para que no fueran captados por el árbitro principal ni por el otro.

Eddy Gibbs realizó una jugada genial, se atrajo a los defensores rivales, y entonces le envió la pelota a un compañero, que había quedado totalmente desmarcado.

El jugador atenazó el balón con seguridad y se dispuso a incrustarlo en el aro.

La canasta era segura. Inevitable.

Solo cometiendo una falta descarada se podría impedir que el jugador de Los Pumas colocase el marcador en 78-76.

Y se la hicieron.

Una falta tremenda, que provocó las iras del público.

El jugador local cayó al suelo, a causa del violento empujón recibido. Naturalmente, el árbitro castigó con dos tiros libres a Los Jirafas, por clara falta personal cometida, pero esto no calmó a los aficionados.

Los tiros libres podían fallarse.

La canasta, en cambio, hubiera sido segura.

En medio de una gran tensión, a duras penas contenida, el jugador local efectuó los lanzamientos. No tuvo suerte y solamente transformó uno, dejando el marcador en 77-76 para su equipo. Una ventaja mínima.

Y solo quedaba minuto y medio.

Los Jirafas reanudaron el juego y se lanzaron al asalto de la parcela defendida por los jugadores locales.

El partido se había vuelto brusco. Violento.

Y es que los nervios se habían desatado tras la falta cometida por el jugador visitante, tan dura como descarada.

El jugador local que la sufriera, furioso todavía por el batacazo y por no haber sabido transformar los dos tiros libres, cargó violentamente al jugador de Los Jirafas que le hiciera la falta y lo hizo rodar por el suelo.

Fue una equivocación, porque el árbitro castigó inmediatamente la falta y el jugador visitante no desperdició los lanzamientos, estableciendo el 77-78 en el marcador.

¡Los Jirafas se ponían por delante!

¡Y solo quedaba un minuto!

¡Podían ganar el partido!

Max Luft, el preparador de Los Pumas, se tiraba del pelo. Veía que a su equipo se le escapaba la victoria.

Los dos puntos en disputa.

Y, con ellos, las posibilidades de ganar el campeonato. Sus jugadores estaban demasiado nerviosos.

Solo Eddy Gibbs parecía conservar la calma necesaria para poder jugar con efectividad, así que todo dependía de él.

Eddy era consciente de ello y no se atrevía a desprenderse de la pelota, adivinando que a sus compañeros les quemaría en las manos y seguramente cometerían algún error. Tenía que resolver la situación con una jugada individual.

Y lo hizo.

Sorteó a dos contrarios y se plantó en la zona defendida por Los Jirafas, logrando una canasta, en suspensión, realmente portentosa.

¡79-78!

¡La ventaja era ahora para Los Pumas!

¡Y solo restaban treinta y siete segundos de partido! El júbilo de los espectadores era inenarrable.

Todavía estaban coreando el nombre de la estrella de Los Pumas, cuando el rabioso ataque de Los Jirafas culminó con una canasta lograda con mucha fortuna, ya que el aro estuvo a punto de escupir el balón.

Desgraciadamente para el equipo local, el aro acabó tragándose la pelota y Los Jirafas le dieron nuevamente la vuelta al marcador, obligándolo a plasmar el 79-80.

Habían transcurrido veintidós segundos. Solo quedaban quince.

Y quince segundos pasaban enseguida.

Los aficionados habían enmudecido tras la última canasta de Los Jirafas. Se habían quedado fríos, porque pensaban que ya no había tiempo para que Los Pumas le diesen la vuelta al resultado.

Ni siquiera respiraban.

Y solo tenían ojos para el marcador electrónico.

Para el reloj del marcador electrónico, más concretamente. Los segundos iban pasando, inexorables.

Diez. Nueve. Ocho...

Los jugadores locales atacaban la parcela de Los Jirafas, pero estos la tenían cerrada a cal y canto, impidiendo la penetración de Los Pumas.

Siete segundos.

Seis. Cinco...

Los Jirafas sabían que el tiempo jugaba a su favor. El partido estaba prácticamente terminado.

Los Pumas no podrían lograr la canasta que necesitaban para alzarse con la victoria y conseguir los dos puntos en litigio, tan precisos para seguir aspirando a ganar el campeonato.

Eddy Gibbs tenía el balón, pero no encontraba el hueco para atravesar la línea defensiva de Los Jirafas ni para lanzar a canasta con garantías de éxito.

Era el jugador más estrechamente marcado por los contrarios.

Y era lógico, por tratarse del más peligroso. Del más genial.

Eddy miró el reloj electrónico. Cuatro segundos.

Tres. Dos...

Eddy lanzó a canasta.

Lo hizo prácticamente de espaldas a ella, cuando nadie lo esperaba, porque su posición no podía ser más difícil.

Era casi imposible encestar así, de «gancho», en una postura tan forzada, pero Eddy tenía que arriesgarse, porque el partido iba a terminar y estaban perdiendo.

La pelota, ante el asombro de todos, trazó un arco diabólico y fue a clavarse en el aro de Los Jirafas, justo en el instante en que el partido concluía.

¡81-80!

¡Los Pumas habían ganado!

¡Y en el último segundo!

CAPÍTULO III

Pareció que un furioso terremoto sacudía las instalaciones deportivas del equipo de Los Pumas, pero eran los aficionados que saltaban, gritaban y se abrazaban unos a otros, enfervorizados.

El salto más grande, sin embargo, lo había dado Max Luft, el técnico del equipo local, quien creyó volverse loco de alegría cuando vio que el forzado lanzamiento de Eddy Gibbs, casi de espaldas a la canasta, sorprendía a los jugadores de Philadelphia y se incrustaba en el aro, consiguiendo una victoria que ya nadie esperaba, porque no quedaba literalmente tiempo para lograrla.

Solo el gran Eddy era capaz de una cosa así. Con razón le llamaban El Rey del Básquet. No había otro como él.

Sus compañeros, locos de júbilo, le estaban abrazando ya.

Algunos lloraban de emoción.

Max Luft y los jugadores suplentes saltaron a la cancha y se unieron a la piña humana que formaban Eddy y sus compañeros, contrastando su alegría con la tristeza que reflejaban las caras de los jugadores visitantes y de su preparador.

La prodigiosa canasta de Eddy Gibbs los había hundido a todos.

Algunos no pudieron contener las lágrimas.

Y es que era terrible perder un partido así, en el último segundo, cuando la victoria parecía totalmente asegurada.

El único consuelo era que la derrota no se había producido a causa del fallo de ninguno de los jugadores, sino debido a una genialidad de Eddy Gibbs.

Nada, pues, se les podía reprochar a Los Jirafas.

Se habían batido como titanes de principio a fin, habían puesto corazón... y lo que tenían que poner, se habían vaciado en la cancha, ninguno había regateado esfuerzos o escurrido el bulto.

Sencillamente, no había podido ser.

Los Pumas contaban con Eddy Gibbs, el mejor jugador del país, y a él le debían la victoria, como muchas otras veces.

* * *

Eddy Gibbs conducía su coche, un magnífico Alfa-Romeo de color azul metalizado. Se dirigía a su casa, ubicada en Beverly Hills, como las de muchos famosos.

El jugador estaba cansado, pero se sentía feliz, como siempre que su equipo ganaba. En esta ocasión, había sido por los pelos, y quizá por eso su satisfacción era mayor.

Y también su cansancio, ya que al esfuerzo realizado durante el partido había que unir la «paliza» que le habían dado sus propios compañeros y el preparador, tras la consecución de la canasta que otorgaba el triunfo a Los Pumas.

En la cancha, lo habían triturado literalmente entre todos.

Después, ya en el vestuario, se habían repetido los abrazos y las felicitaciones. Incluso en las duchas tuvo que soportar palmadas, pescozones, y demás muestras cariñosas.

Luego, fue paseado a hombros por el vestuario. Como si fuera un torero.

La diferencia estribaba en que sus compañeros lo habían paseado completamente desnudo.

En el vestuario, la juerga había sido continua. Y así se encontraba Eddy ahora...

Estaba realmente molido.

A pesar de todo, no borraba la sonrisa de sus labios.

Habían vencido a Los Jirafas y mantenían sus aspiraciones de proclamarse campeones, con permiso de Los Canguros, a quienes tendrían que vencer también si querían ganar el torneo.

Sería otro partido dramático, pero Eddy no quería pensar todavía en el choque contra el equipo de Atlanta. Tiempo tendría de preocuparse con el encuentro contra Los Canguros, ahora prefería saborear las mieles del triunfo conseguido ante Los Jirafas. Estaba ya cerca de su casa, cuando al pasar junto a unos árboles, descubrió un coche parado entre ellos, con las luces apagadas, pese a que había oscurecido ya.

En principio, se podría pensar que se trataba de alguna pareja que había escogido aquel lugar para pasarlo bien, a cubierto de cualquier mirada indiscreta.

Y eso hubiera pensado Eddy, de no haber visto algo más que un coche parado y con las luces apagadas.

Había visto a dos hombres fuera del coche. Y a una mujer.

Los tipos la sujetaban.

La mujer forcejeaba con ellos, y parecía hacerlo con desesperación, como si supiera que iban a abusar de ella en aquel solitario lugar.

Eddy frenó su Alfa-Romeo y salió rápidamente de él, dispuesto a acudir en ayuda de la mujer. Echó a correr hacia los árboles, con tanta ligereza, que nadie diría que hacía solo un rato que había jugado un disputadísimo partido de baloncesto.

El jugador vestía una bonita camisa de rayas, muy delgadas, y un

pantalón «beige». No calzaba zapatos, sino botas de deporte, lo que le ayudó a correr con velocidad.

Los tipos lo vieron venir.

Eran jóvenes y fuertes, y bastante altos, aunque no llegaban, ni mucho menos, a los 2,02 de Eddy.

El jugador se alegró de haber acudido en ayuda de la mujer, pues, efectivamente, los tipos querían abusar de ella. Uno la sujetaba por detrás y le tapaba la boca, para que no pudiera gritar, mientras el otro, que ya le había abierto la blusa de par en par a la chica y arrancado el sujetador, le besaba y le mordisqueaba los pechos, le levantaba la falda, y le estrujaba los muslos.

La chica también era joven. Unos veintitrés años, a lo sumo.

Era morena y poseía un cuerpo maravilloso, eso estaba fuera de toda duda, porque los tipos la obligaban a mostrarlo casi todo.

Naturalmente, al descubrir a Eddy, el individuo que estaba abusando de la indefensa muchacha interrumpió los besos y lo demás, y masculló:

—Yo me encargo del tipo, Nat. Tú sigue sujetando a la chica e impide que grite.

—Cuidado, Leo. El tipo es un pino —advirtió el llamado Nat.

—No tendré problemas para «talarlo», no te preocupes —sonrió Leo, y salió al encuentro de Eddy.

Su compañero siguió ocupándose de la muchacha morena, que no dejaba de forcejear, aunque no conseguía nada. Ni podía escapar de Nat ni podía gritar, así que continuó con la blusa abierta y los pechos al aire.

Sus preciosas piernas, en cambio, habían quedado a cubierto al soltarle Leo la falda. Eddy se detuvo un momento.

Leo le atacó sin dejarle pronunciar palabra.

Eddy, que ya lo esperaba, esquivó el puñetazo del tipo y le golpeó con el puño izquierdo, en el pómulo.

Leo estuvo a punto de caer al suelo.

—¡Condenado larguirucho! —ladró, y atacó de nuevo el jugador.

Eddy consiguió burlar el nuevo golpe del tipo y respondió con un derechazo a la mandíbula.

Leo volvió a trastabillar.

Eddy, en esta ocasión, tomó la iniciativa y le propinó un nuevo puñetazo al tipo, ahora con la izquierda.

Leo cayó al suelo, muy a su pesar. Nat escupió una maldición.

—¡Te dije que tuvieras cuidado con él, Leo! ¡El tipo es una pieza!

—¡Una pieza de ajedrez, y yo me la voy a comer! —relinchó Leo, y brincó del suelo. Todavía no se había incorporado totalmente, cuando la punta de la bota derecha de Eddy se incrustó en su cara.

Leo aulló y rodó nuevamente por el suelo. Nat decidió ayudar a su

compañero.

Para ello, naturalmente, tuvo que soltar a la chica morena.

Y como estaba furioso, la empujó con violencia y la hizo caer al suelo. La muchacha dio un grito.

Nat se olvidó de ella y fue hacia Eddy.

—Yo te enseñaré a ti, mástil —barbotó.

Hizo como que lanzaba el puño derecho, pero soltó el izquierdo, sorprendiendo al jugador, que recibió el puñetazo en el mentón.

Pero Eddy siguió en pie.

Nat disparó el puño diestro. Y, esta vez, de verdad.

No fue un amago.

Eddy esquivó el derechazo y acto seguido le clavó el puño zurdo en el estómago. Nat lanzó un bramido y se encogió.

Eddy le dio dos puñetazos más, en el rostro, y lo derribó. Leo se estaba incorporando de nuevo.

Eddy se iba ya hacia él, cuando vio que sacaba una navaja de resorte, lo que interrumpió su acción.

Leo sonrió cavernosamente y dijo:

—Te voy a rajar con esto, pértiga.

Eddy se preparó para esquivar el navajazo del tipo.

Por fortuna, no fue necesario, porque la chica morena se levantó, cogió una piedra, y golpeó con ella a Leo, en la parte posterior del cráneo.

El tipo emitió un ronco gemido y se desplomó.

Nat intentó ponerse en pie, pero Eddy le atizó un patadón en la cara y le quitó las ganas. Después, el jugador tendió su mano a la muchacha y dijo:

—¡Larguémonos de aquí, rápido!

Ella no se hizo repetir la orden, porque tenía más ganas que él de abandonar aquel maldito lugar.

CAPÍTULO IV

Alcanzaron el Alfa-Romeo.

La chica morena no había tenido tiempo de abotonarse la blusa, pero se la había cerrado con la mano libre y la mantenía así, evitando que su exhibición de senos se prolongase.

—¡Sube, deprisa! —indicó Eddy, abriéndole la portezuela. La muchacha se introdujo rápidamente en el coche.

Eddy cerró la puerta, rodeó el vehículo, y se metió en él por el otro lado. Lo puso velozmente en marcha y el coche arrancó con la potencia que le caracterizaba.

La joven volvió la cabeza un instante, para ver si los tipos los perseguían, pero no era así. El uno con la pedrada, y el otro con el patadón en pleno rostro, habían tenido más que suficiente.

Eddy no dijo nada hasta que detuvo el Alfa-Romeo delante de su casa, que fue muy poco tiempo después.

—Hemos llegado.

—¿Adónde? —preguntó la chica, que tampoco había hablado.

—A mi casa.

—¿Vive usted aquí...?

—Por favor, tutéame —rogó el jugador—. Solo tengo veintiséis arios.

—¿Cómo te llamas?

—Eddy. ¿Y tú...?

—Ruth; Ruth Morley.

—¿Te encuentras bien, Ruth?

—Sí, creo que sí. Solo estoy asustada.

—Es natural que lo estés, después de lo que...

—Los tipos querían violarme, Eddy.

—Eso supuse. De ahí que me apresurara a acudir en tu ayuda.

—Me salvaste.

El jugador sonrió.

—Me alegro de haber impedido que esos cerdos te forzaran, Ruth.

—Les diste una buena paliza, Eddy.

—Se la merecían, por puercos.

—Siempre estaré en deuda contigo.

—Entremos en la casa, Ruth. Una copa te sentará bien.

—¿Hay alguien en ella?

—No, vivo solo.

—Soltero, ¿eh?

—Sí.
—¿Con novia o sin novia?
—Sin novia.
—Porque tú no querrás.
—¿Por qué lo dices?
—Con tu estatura, una cara que no tiene nada de fea, un coche magnífico, y una casa como esta... Si te rifaran en una tómbola, todas las chicas solteras de Los Ángeles compraríamos boletos.
Eddy rompió a reír.
—No exageres, Ruth.
—¿Quién exagera?
—Tú sí que serías un buen premio.
—¿Ya...?
—Eres preciosa, Ruth.
—Pero no me paso de alta, ni tengo un Alfa-Romeo ni una casa en Beverly Hills.
—¿Cuánto mides?
—¿De qué?
—De estatura.
—Con tacones, 1,72.
—Oye, no está nada mal para una mujer.
—Si te dijera lo que miden los tacones... Eddy rio de nuevo.
—Venga, entremos en la casa.
—Sí.
Salieron los dos del coche y caminaron hacia la puerta. Ruth se fijó mejor en la estatura de Eddy.
—Madre mía...
—¿Qué pasa?
—Que eres una torre, eso es lo que pasa.
—Ya vuelves a exagerar, Ruth.
—¿Cuánto mides, Eddy?
—Dos metros.
—¿Justos?
—Y dos centímetros.
—Cuando tengas novia, regálale una escalera. Tendría que subirse a ella para besarte. Eddy volvió a reír.
—Eres tremenda, Ruth.
—Y tú un gigante. Deberías jugar al baloncesto.
—Ya lo hago.
—¿De veras...?
—Sí, soy jugador profesional —¿Y en qué equipo juegas.?
—En Los Pumas.

—¡Nada menos!

—Has oído hablar de nosotros, ¿eh?

—¡Claro, como todo el mundo! Especialmente, de... ¡Ay, madre! —exclamó de pronto la muchacha, respingando cómicamente.

—¿Qué sucede?

—¡Te llamas Eddy!

—Sí.

—¿Y te apellidas...?

—Gibbs.

—¡Gibbs...! ¡Eres Eddy Gibbs...! ¡El Rey del Básquet...!

—Eso dicen, pero yo no veo la corona por ningún lado —repuso jocosamente el jugador. Ruth Morley se tambaleó peligrosamente.

—Creo que me voy a desmayar, Eddy.

—¿Desmayar...?

—Sí, a causa de la emoción.

—¿Quieres que te coja en brazos?

—Sería lo mejor.

—Espera un segundo.

—Vale.

Eddy, que ya tenía la llave en la mano, abrió rápidamente la puerta y enseguida tomó en brazos a Ruth. —Ya puedes desmayarte, si quieres.

—Sería una tonta, si me desmayara ahora —sonrió pícaramente la muchacha, y le pasó los brazos por el cuello.

Como ya se había abotonado la blusa, no tenía necesidad de sujetársela contra el pecho, así que podía disponer de sus dos manos.

Eddy entró en la casa, con Ruth en brazos, y cerró la puerta con el pie. Luego, encendió las luces y miró a la muchacha.

Sus rostros estaban muy cerca el uno del otro.

Y sus bocas también, claro.

—Ahora no necesitas una escalera, Ruth.

—¿Para qué?

—Para besarme.

—No soy tu novia, Eddy.

—Pero me gustas.

—¿De verdad?

—Sí, mucho.

—Pues imagínate tú a mí... Eddy la besó.

Ruth tenía los labios carnosos, dulces, cálidos.

El jugador gozó de verdad con el beso, porque la muchacha puso bastante de su parte. Cuando separaron sus bocas, se miraron de nuevo y Eddy dijo:

—Ha sido una suerte encontrarte, Ruth.

—Para mí sí que fue una suerte. Dos tipos me iban a violar, y apareciste tú, Eddy Gibbs *el Rey del Básquet* con tus dos metros y pico de estatura y tus magníficos puños. Me salvas, me subes en tu coche, me traes a tu casa, me tomas en brazos, me besas... ¡Ay! me pregunto si no lo estaré soñando todo —suspiró hondamente la joven.

El jugador sonrió.

—Te llevaré al salón. Tienes que contarme lo que pasó.

—De acuerdo.

Eddy echó a andar.

Segundos después, depositaba a Ruth en el sofá del alón.

—Te serviré una copa.

—Gradas.

El jugador preparó una sola bebida.

Cuando le entregó la copa, Ruth preguntó:

—¿Tú no bebes, Eddy?

—No, debo cuidar mi forma física.

—No pruebas el alcohol, ¿eh?

—Así es.

—Ni el tabaco.

—También huyo de él —Y de las mujeres.

—Bueno, tanto como huir... De vez en cuando hago el amor con alguna. Pero no muy a menudo, claro. Una noche de juerga deja inevitablemente secuelas en un deportista y luego no puede rendir a tope.

—Claro.

—Bien, ¿me cuentas ya lo que ocurrió?

—Espera que tome un sorbo —rogó la muchacha, y se llevó la copa a los labios. Ingirió un poco de licor y lo paladeó.

—Es excelente, Eddy.

—Tú te mereces lo mejor, Ruth.

—Si eso es verdad, dame otro beso.

—Encantado —sonrió el jugador, y la besó.

Después, la muchacha empezó a relatarle lo sucedido.

CAPÍTULO V

—Los tipos me asaltaron en plena calle —explicó Ruth—. Me sujetaron uno de cada brazo y el llamado Leo me amenazó con su navaja. Dijo que si ofrecía resistencia o me ponía a gritar, me soltaba un navajazo en el vientre.

—Qué bestia —rezongó Eddy.

—Tenían el coche muy cerca —continuó la muchacha—. Me llevaron hacia él y me obligaron a entrar. Nat se sentó al volante y puso el auto en marcha. En el asiento trasero, Leo seguía agarrándome de un brazo y amenazándome con su navaja. Yo estaba aterrorizada, pero no me atrevía a nada. Ni grité, ni ofrecí resistencia, por miedo a que Leo me liquidase de un navajazo.

—Hiciste bien —opinó el jugador—. Esos tipos eran de la peor calaña.

—Sí, me di cuenta enseguida. De ahí mi terror, pues adivinaba que me llevaban a algún lugar solitario, para divertirse conmigo. No podía pensar en un secuestro, porque soy una vulgar empleada de unos almacenes y no tengo dinero. El justo para vivir.

—Continúa Ruth.

—Los tipos me llevaron al lugar en donde me encontraste. Por el camino, Leo no intentó nada. Se limitó a mirarme con sucio deseo. Nat detuvo el coche entre los árboles, apagó las luces, y se apeó. Leo me sacó del coche a punta de navaja. Nat me agarró por detrás, con fuerza, y me tapó la boca, para que no pudiera chillar. Entonces, Leo guardó su navaja, me abrió la blusa, me arrancó el sujetador, y... Bueno, ya viste lo que me estaba haciendo, cuando llegaste. Besos, mordiscos, apretones... De todo, vamos. Y yo nada podía hacer por evitarlo, porque Nat me tenía bien sujeta. Leo quería ser el primero en poseerme, se lo oí decir. Después, me hubiera poseído Nat. Por fortuna, apareciste tú, mi ángel salvador, y los tipos se quedaron con las ganas de hacerme suya.

—¿Te lastimó Leo, Ruth?

—No.

—¿Seguro?

—¿Quieres comprobarlo?

—Me gustaría, si a ti no te importa.

—Tratándose de ti, en absoluto. Sé que lo haces con la mejor intención.

—Puedes estar segura de ello, Ruth.

—Lo estoy —sonrió la muchacha, y dejó la copa sobre la mesa de mármol que había frente al sofá.

Después, con la mayor naturalidad, se desabotonó la blusa y descubrió sus hermosos senos. Se los miró y comprobó que los dientes de Leo habían dejado algunas marcas, aunque no excesivamente serias, por fortuna.

Eddy observó también los pechos de la muchacha.

—¿Ves como sí te lastimó, Ruth?

—No me había dado cuenta. Como allí estaba oscuro...

—Debí saltarle todos los dientes a puñetazos, por cerdo —mascullo el jugador.

—No te preocupes, Eddy. Estas señales desaparecerán pronto.

—¿Te duelen?

—Un poco.

—Arriba tengo una pomada especial para hematomas, contusiones y golpes. Aplícatela y el dolor desapareceré.

—Lo haré.

—Puedes cerrarte la blusa.

Ruth lo hizo y se la anudó bajo los senos, dejando su moreno y terso estómago al aire.

—Muéstrame ahora tus piernas —indicó Eddy.

—Quieres vérmelas también, ¿eh? —sonrió la joven.

—Ya te las vi en el lugar del incidente, y pude comprobar que son muy hermosas. Lo que ahora quiera saber, es si ese animal de Leo te las lastimó también con sus manazas.

—Perdona, solo estaba bromeando.

—Losé.

Ruth se levantó la falda y descubrió sus torneados muslos, totalmente, mostrando incluso el breve pantaloncito blanco.

—También te dejó señales —observó Eddy.

—Sí, es cierto.

El jugador se puso en pie.

—Sube conmigo, Ruth.

—Un momento, que tome otro sorbo —rogó la muchacha, bajándose la falda y cogiendo la copa que le sirviera Eddy.

Bebió un poco más de licor y después se levantó del sofá.

—Te sigo, Eddy.

—Ya no es necesario que te coja en brazos, ¿verdad?

—No, el peligro de desmayo pasó —sonrió la joven—. Basta con que me cojas de la mano.

—Vale.

Abandonaron el salón y fueron hacia la escalera que conducía al piso alto. Poco después, estaban en el dormitorio del jugador.

Eddy hizo pasar a Ruth al cuarto de baño y abrió el armario. El botiquín estaba allí.

Eddy lo tomó y extrajo el tubo de pomada.

—Esto es, Ruth. Pero, antes de aplicártela, sería conveniente que te dieras una ducha —aconsejó el jugador.

—Me la daré, Eddy. La necesito, porque me siento sucia después del repugnante besuqueo del puerco de Leo y de sus asquerosos toqueteos. Y menos mal que no me besó en la boca. Hubiera sentido unas náuseas tan terribles, que creo que habría devuelto el almuerzo.

—No las sentiste cuando yo te besé, ¿verdad?

—No, entonces sentí un gran placer —confesó la muchacha.

—Yo también —dijo Eddy, y volvió a besarla.

Tuvo que agacharse, porque ahora estaban de pie los dos. Ruth, por su parte, se estiró todo lo que pudo.

Tras el beso, sonrió graciosamente y dijo:

—Tampoco ahora he necesitado la escalera.

—Naturalmente que no. Soy alto, pero no un gigante.

—De todos modos, es mejor que nos besemos sentados o acabará saliéndote joroba. Eddy rio.

—Te dejo para que te duches, Ruth, Estaré ahí afuera. Si necesitas alguna cosa, no dudes en llamarme.

—De acuerdo.

El jugador salió del baño y cerró la puerta.

* * *

Con la ayuda de Nat, Leo volvió en sí.

—¿Cómo te sientes, compañero?

—Mal —gruñó Leo.

—Tampoco yo me siento demasiado bien —rezongó Nat—. El «pino» nos sacudió de lo lindo a los dos.

—A mí me golpearon por detrás, en la cabeza.

—Fue la chica. Te dio con una piedra y te desplomaste sin conocimiento. Tienes una herida.

—Maldita zona...

—Tenemos que largamos, Leo. La policía puede estar en camino.

—Sí, abandonemos este lugar cuanto antes.

Nat ayudó a su compañero a ponerse en pie, se introdujeron en el coche, y se largaron. Era Nat quien conducía.

Sentado a su lado, Leo masculló:

—Me gustaría cobrarme la pedrada que me atizó la chica. Y también me gustaría vengarme del tipo que la rescató.

—Lo mismo digo.

Leo volvió la cabeza y miró el asiento trasero. Sobre él, descansaba el bolso de Ruth.

La muchacha, con las prisas, había olvidado cogerlo antes de huir con su salvador. Leo alargó el brazo y cogió el bolso.

—Quizá podamos encontrar a la chica, Nat.

—¿Tú crees?

—Mira, se dejó el bolso.

—Echa un vistazo, Leo.

Este abrió el bolso y lo registró.

La tarjeta de identidad de Ruth, con su fotografía, estaba en el bolso. Leo la tomó y sonrió.

—Se llama Ruth Morley, tiene veintidós años, y vive en el 808 de Claymont Avenue.

—¡Magnífico!

—La atraparemos de nuevo, Nat. Y le arrancaremos el nombre del tipo que la rescató. Ya debe de saberlo. Y también dónde vive, probablemente.

—El larguirucho nos las pagará, Leo.

—Seguro. Y la chica también. No nos conformaremos con violarla. Le haremos de todo.

—Sí, se acordará de nosotros mientras viva.

—Y el tipo también, Nat. Lamentará haber acudido en ayuda de la muchacha.

—Ya estoy deseando «trabajarlo» con la punta de mi navaja, Leo.

—Y yo.

—¿Cuándo nos dejaremos caer por casa de la chica?

—Esta misma noche.

—¿No sería más prudente dejar transcurrir un par de días, Leo?

—No quiero esperar, Nat. Prefiero vengarme ahora, en caliente.

—De acuerdo, la atraparemos esta noche —asintió Nat, y siguió conduciendo el coche.

CAPÍTULO VI

Ruth Morley se había duchado ya.

Sentada en la banqueta del baño, completamente desnuda, procedía a aplicarse la pomada que le ofreciera Eddy Gibbs. Se cubrió todas las señales de apretones y mordiscos con ella, y después se irguió.

No se vistió, solo se colocó el pantaloncito.

Luego, se acercó a la puerta, la abrió solo unos centímetros, y miró por el hueco.

—Eddy...

El jugador, que se había sentado en un sillón, se levantó.

—¿Terminaste ya, Ruth?

—Sí.

—Sal, entonces.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Estoy desnuda.

—¿Te han robado la ropa, mientras te duchabas...? —bromeó el jugador. La muchacha sonrió.

—No, la tengo aquí. Pero no quiero ponérmela, porque la mancharé con la pomada. Y se trata de mi mejor falda y mi mejor blusa.

—Entiendo.

—¿No podrías prestarme algo, Eddy? Solo por un rato. Mientras se seca la pomada.

—Sí, creo que puedo solucionar tu problema —respondió el jugador, y fue hacia el armario.

Cogió una camiseta y se la entregó a la muchacha.

—Toma, ponte esto.

—Gracias, Eddy.

Ruth cerró la puerta, se enfundó la camiseta, y se miró al espejo. No pudo contener la risa, porque le llegaba casi hasta las rodillas.

—¡Si parezco Charlie Rivel! —exclamó. Sin dejar de reír, salió del baño.

Al verla, Eddy tampoco pudo contener la risa.

—Te queda un poco larga, ¿no?

—¡Como que casi me la piso al andar!

—Bueno, como no te va a ver nadie más que yo...

—¿Has cenado. Eddy?

—No.

—Yo tampoco. ¿Quieres que prepare algo para los dos?

—Es una gran idea.

Ruth lo cogió de la mano.

—Ven conmigo, Rey del Básquet. Estaban cenando en la cocina.

Casi habían terminado ya, cuando Ruth dio un respingo y exclamó:

—¡El bolso!

—¿Qué?

—¡Se quedó en el coche de los tipos!

—¿Llevabas dinero en él? —preguntó Eddy.

—Solo unos dólares.

—Menos mal.

—No es por el dinero, Eddy, sino por lo demás.

—¿Qué es lo demás?

—Mi tarjeta de identidad, la llave de mi apartamento... Si los tipos registran mi bolso, y no dudo que lo harán, sabrán cómo me llamo y dónde vivo. Y podrán entrar en mi apartamento.

—Diablos —rezongó el jugador.

—No puedo volver a casa, Eddy. Los tipos pueden estar esperándome.

—No lo creo, Ruth. De todos modos, puedes quedarte aquí esta noche.

—¿En tu casa?

—Sí.

—¡Oh! no sabes cómo te lo agradezco, Eddy. Aunque mañana tendré el mismo problema.

—Por la mañana, te acompañaré a tu apartamento. Después de comprobar que los tipos no están allí, esperándote, cambiaremos la cerradura y ya no tendrás que preocuparte. Los tipos no podrán entrar.

—Pueden forzar la cerradura, Eddy. O esperarme abajo, en el portal, ocultos. Les sería muy fácil sorprenderme y atraparme de nuevo.

El jugador guardó silencio.

Ruth se mordió los labios nerviosamente.

—Tengo miedo, Eddy.

—¿Quieres que vayamos a la policía?

—¿De qué serviría?

—Te darían protección.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Un par de días? ¿Tres? ¿Una semana, a lo sumo...? Eddy meneó la cabeza, pero no respondió.

Ruth le cogió la mano.

—Tengo una idea, Eddy.

—Habla.

—Puedo instalarme aquí, en tu casa, durante algún tiempo. Te haré la comida, la cama, lavaré tu ropa, quitaré el polvo, fregaré el suelo, los platos, y todo lo que haya que fregar.

El jugador sonrió.

—Le pago a una mujer para que haga todo eso, Ruth.

—¿De veras?

—Sí, viene todos los días, excepto los sábados y los domingos.

—Bueno, pues ya no tendrá que venir, porque lo haré yo. Y un sueldo que te ahorrarás, ya que yo no pienso cobrarte nada. Me conformo con comer y dormir aquí.

—Qué asistenta tan barata.

Ruth le apretó la mano y lo miró con ansiedad.

—¿Qué me respondes, Eddy?

—No puedo negarte mi hospitalidad. Mi casa, desde este momento, es también tu casa.

—¡Oh, Eddy, eres maravilloso! —exclamó la muchacha, saltando de su silla.

Se sentó en las rodillas del jugador, le rodeó el cuello con sus brazos, y le dio un apretado beso. Después, con pícaro gesto, dijo:

—De esta manera, sentada sobre tus rodillas, parecemos los dos igual de altos.

—Es verdad.

—Qué pena no poder presumir de alta.

—Puedes presumir de tus otras medidas —repuso Eddy, posando sus manos en las redondeadas caderas femeninas.

—Sí, de lo demás no me puedo quejar —sonrió Ruth, halagada.

—No puedes quejarte de nada, porque eres una preciosidad de chica.

—En este momento, parezco un payaso, por culpa de tu camiseta.

—A mí me gustadas hasta vestida de bombero.

—Eres muy amable, Eddy.

—No son cumplidos, Ruth. Digo lo que siento.

—¿Es que quieres que me enamore de ti?

—Eso es cosa tuya.

—No me gustaría, porque estás demasiado alto para mí. Y conste que ahora no estoy pensando en tus 2,02 de estatura.

—En lo otro no debes pensar tampoco, Ruth. El dinero y la fama no tienen nada que ver con el corazón. Lo mismo puedes enamorarte tú de mí, que yo de ti.

—Es más fácil que me enamore yo de ti, Eddy. Tan fácil, que puede que lo esté ya —respondió la muchacha, y unió su boca a la de él.

Eddy la abrazó y la besó con ganas, porque no se cansaba de saborear los deliciosos labios de Ruth.

* * *

Nat y Leo detuvieron su coche cerca del 808 de Claymont Avenue.

Leo cogió la llave del apartamento de Ruth Morley, volvió a dejar el bolso de la muchacha sobre el asiento trasero, y dijo:

—Vamos, Nat.

Salieron los dos del coche y caminaron hacia el portal.

Una vez en él, echaron una ojeada a los buzones del correo, lo que les permitió averiguar el número del apartamento de Ruth.

Era el 15 B.

Subieron a él y Leo introdujo la llave en la cerradura, silenciosamente. La hizo girar y después empujó suavemente la puerta, colándose con su compañero en el apartamento. Como las luces estaban apagadas, adivinaron que la muchacha no había regresado todavía. Las encendieron y recorrieron el apartamento, comprobando que Ruth no estaba.

El apartamento, pequeño y modesto, era de alquiler.

—La muchacha no ha vuelto, Leo —rezongó Nat.

—Debe de estar con el tipo que la rescató —adivinó Leo.

—¿En casa de él?

—Probablemente.

—Si es así, el tipo la traerá en su coche, cuando se cansen de hablar.

—Seguro —asintió Leo.

—Entonces, solo tenemos que esperar.

—Sí, pero no aquí. Los esperaremos abajo, en la calle. Y ocultaremos nuestro coche en una calle paralela.

—Bien pensado, Leo.

—Vamos, Nat.

Apagaron las luces y salieron del apartamento.

Minutos después, su coche estaba oculto en una calle próxima. Frente al 808 había un bar.

Leo y Nat entraron en él, ya que desde allí verían llegar a Ruth y al tipo que la rescató.

El televisor del bar estaba conectado y, casualmente, en aquel canal estaban ofreciendo un resumen del partido de baloncesto que aquella tarde habían disputado los equipos de Los Pumas y Los Jirafas.

Leo y Nat no sentían afición por el «básquet», pero habían oído hablar mucho de Los Pumas y Eddy Gibbs, su jugador estrella.

Cuando lo vieron en la pantalla, elogiado por el comentarista deportivo, se quedaron los dos de piedra, porque habían reconocido al salvador de Ruth Morley.

CAPÍTULO VII

Durante casi dos minutos, Leo y Nat no pronunciaron palabra. La sorpresa los había dejado mudos, además de paralizados.

Miraban la pantalla del televisor con los ojos muy abiertos, pendientes exclusivamente de la cara de Eddy Gibbs *el Rey del Básquet,* por si acaso se habían confundido.

Se convencieron los dos de que no. Se trataba del mismo hombre.

Del tipo que rescatara a la muchacha morena, después de propinarles una paliza. Leo fue el primero en reaccionar.

Agarró del brazo a su compañero y lo llevó hacia la puerta.

—Vamos, Nat.

Este caminó como un autómata, sin apartar sus dilatados ojos de la pantalla del televisor.

Fuera ya del bar, Leo masculló:

—Era él, Nat.

—Sí, ¿verdad?

—Eddy Gibbs en persona. Posee una hermosa casa en Beverly Hills.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo oí comentar no hace mucho. Y debe ser cierto, porque nosotros llevamos a la chica a Beverly Hills y Eddy Gibbs nos sorprendió allí. Sin duda se dirigía a su casa, en su coche, cuando descubrió el nuestro parado entre los árboles. Y a su casa llevó a la muchacha, cuando la arrancó de nosotros.

—¿Qué vamos a hacer, Leo?

—Déjame pensar, Nat.

—Tenemos que alterar los planes. No podemos hacer lo que pensábamos con un tipo tan famoso. La policía no pararía hasta encontramos y lo pagaríamos muy caro.

—Tienes razón. No podemos «trabajar» con nuestras navajas al mejor jugador de baloncesto del país, pero nos vengaremos de otra manera.

—¿Cómo?

—Secuestrándolo. Nat respingó.

—¿Secuestrar a Eddy Gibbs...?

—Eso he dicho.

—¡Estás loco, Leo!

—Quiero ser rico, Nat. Y ahora tengo la oportunidad. Y tú también, como Eddy Gibbs es tan valioso para Los Pumas, que sus dirigentes pagarán lo que les pidamos por dejarlo libre.

—¡Avisarán a la policía, Leo!

—No, no lo harán, porque los amenazaremos con matar al jugador si dan cuenta a la policía. Y ellos lo necesitan vivo, Nat. Sin Eddy Gibbs, no podrán seguir aspirando a ganar el campeonato. Querrán que lo soltemos y pronto, sin causarle el menor daño.

Nat titubeó.

—Me parece muy arriesgado, Leo.

—Todo saldrá bien, ya verás. Y, en cuanto tengamos el dinero del rescate, nos largamos de Los Ángeles. Lejos, muy lejos. A Nueva York, a Miami, a Atlanta, a Boston, a Chicago...

¡Y nos daremos la gran vida, compañero!

Nat empezó a contagiarse del optimismo de su amigo.

—Cómo me gustaría eso, Leo.

—¡Será una realidad, no lo dudes!

—De acuerdo, cuenta conmigo. Leo lo agarró por los hombros.

—¡Sabía que no me fallarías, Nat!

—¿Cómo vamos a hacerlo, Leo?

—Será muy sencillo, Nat. Averiguaremos cuál es la casa de Eddy Gibbs, lo sorprenderemos en ella, y... Bueno, será mejor que te lo explique por el camino. Vamos por el coche.

* * *

Eddy Gibbs y Ruth Morley se encontraban en el salón, sentados en el sofá, conversando entre beso y beso.

—Estás cansado, ¿verdad, Eddy? —adivinó la muchacha.

—Sí, el partido de hoy, contra Los Jirafas de Philadelphia, ha sido muy duro —explicó el jugador.

—Vámonos a dormir, pues.

—De acuerdo.

Se levantaron y abandonaron el salón.

—Cómo me hubiera gustado presenciar el partido, Eddy.

—¿Eres aficionada al baloncesto, Ruth?

—No, pero a partir de ahora me va a encantar. No pienso perderme un solo partido de Los Pumas.

—¿Porque juego yo en ese equipo?

—Claro.

Habían alcanzado ya la escalera y empezaron a subir los peldaños.

Eddy rodeaba con su brazo los hombros de Ruth, y esta se apretaba cariñosamente contra él.

—¿Dónde voy a dormir yo, Eddy? —preguntó la muchacha.

—Hay habitaciones de sobra, no te preocupes.

—¿No quieres que duerma contigo?

—¿Te gustaría?

—Sí, mucho.

—¿Solo dormir?

—Bueno, teniendo en cuenta que tú estás cansado, y yo un poco dolorida, creo que no debemos pensar en otras cosas. Por la mañana, si nos encontramos mejor, ya hablaremos del asunto. ¿Te parece...?

—Sí, estoy de acuerdo.

—¿Me aceptas en tu cama, entonces...?

—Sí, pero sin camiseta. No quiero dormir con un payaso. Ruth se echó a reír.

—¡Condición aceptada!

Poco después, entraban en la habitación de Eddy.

—Voy a cepillarme los dientes —dijo el jugador.

—Bien.

Eddy entró en el baño y Ruth preparó la cama.

Cuando el jugador salió, la muchacha se hallaba ya acostada y tapada con la sábana hasta casi los hombros.

Eddy vio la camiseta en el suelo, tirada.

—Veo que me has hecho caso —dijo, con una sonrisa.

—Yo siempre te haré caso en todo, Eddy —respondió Ruth, mirándolo amorosamente. El jugador se desvistió, conservando únicamente el slip.

Después, se metió en la cama y sus brazos buscaron enseguida el cuerpo suave y cálido de la muchacha.

—¿Sabes lo que estoy pensando, Ruth?

—Lo adivino, a juzgar por lo que estás haciendo.

—¿Y qué opinas?

—¿Cómo estás de cansado, Eddy?

—Menos de lo que tú crees.

—Me das una alegría.

—¿Cómo te sientes tú, Ruth?

—Esa pomada tuya es una maravilla, porque ya no me duele nada.

—¿Seguro?

—Acariciame y verás.

Eddy le acarició los pechos, las caderas, el vientre, los muslos, y Ruth sintió únicamente placer. Un placer intenso y maravilloso, que la obligó a estremecerse y gemir dulcemente.

—Eddy... —musitó, con los ojos cerrados.

El jugador la besó en los labios y la abrazó con calor, decidido ya a hacer el amor con ella, porque era lo que ambos deseaban.

CAPÍTULO VIII

—Para el coche, Nat —indicó Leo. Nat obedeció.

—Esa es la casa de Eddy Gibbs —dijo Leo, señalándola con el brazo —. Y ese, su coche.

—¿Seguirá la chica con él?

—Seguro.

—Es muy tarde ya, Leo.

—Pero es sábado. Y mañana, domingo.

—Cuánto sabes —sonrió Nat, con ironía. Leo sonrió también.

—Lo que quiero decir es que la muchacha no tiene ninguna prisa por volver a casa, porque mañana no tiene que madrugar. Además, debe estar asustada. Habrá recordado que se dejó el bolso en nuestro coche, y que en él llevaba su tarjeta de identidad y la llave de su apartamento, entre otras cosas. En buena lógica, debe tener miedo de volver a su casa, por si aparecemos nosotros por allí. Por ello, no me extrañaría nada que el Rey del Básquet le haya sugerido pasar la noche en su hermosa casa.

—Es muy posible.

—La chica es muy atractiva, Nat. Y le debe estar muy agradecida, por haber impedido que la violáramos.

—Dime lo que estás pensando, Leo.

—Pues, que a lo mejor se han acostado juntos. Nat sonrió.

—Estaría bueno que los sorprendiéramos haciendo el amor.

—Te gustaría, ¿eh?

—Sí, sería muy divertido.

Leo rio, abrió la guantera del coche, y tomó el revólver que permanecía oculto en ella.

—Vamos, Nat.

Este lo agarró del brazo, un poco nervioso.

—Seguro que saldrá bien, ¿verdad?

—Sí, nada fallará. Nos llevaremos al jugador, nos llevaremos a la chica, nos divertiremos con ella, conseguiremos el dinero del rescate, y nos largaremos con él.

—De acuerdo.

Descendieron los dos del coche, detenido cerca de la casa de Eddy Gibbs. Leo se colocó el revólver entre la camisa y el pantalón, y echó a andar, seguido de su compañero. Silenciosamente, alcanzaron la casa.

No se veía a nadie por los alrededores.

—Entraremos por esa ventana —señaló Leo.

—Tendremos que forzarla —repuso Nat.

—Será fácil. Vamos.

Efectivamente, Leo no tuvo problemas para forzar la ventana. Y lo hizo sin ruidos.

Después, se coló por ella. Nat lo imitó.

Cautelosamente, echaron una ojeada a la planta inferior de la casa, descubriendo los restos de la cena de Eddy y Ruth.

—Están arriba —dijo Leo, en tono quedo.

—Como ya suponíamos —respondió Nat.

—A ver si también acertamos en lo otro.

—¿Lo de que se hayan acostado juntos?

—Sí.

—Seguro.

—Vamos a comprobarlo.

Subieron al piso alto, ahogando sus pasos.

Como había varias puertas, Leo y Nat abrieron la primera con gran cautela y se asomaron, comprobando que allí no había nadie. Cerraron la puerta y abrieron la segunda, con idéntico sigilo.

Esta vez acertaron.

Era el dormitorio del jugador.

La luz de la mesilla de noche permanecía encendida, a pesar de que Eddy y Ruth se habían dormido ya, el uno en brazos del otro, satisfechos, felices.

La sábana los cubría a los dos hasta casi los hombros.

Leo y Nat los observaron durante algo más de un minuto, inmóviles, silenciosos. Después, penetraron en la habitación y cerraron la puerta con mucha suavidad.

Eddy y Ruth no se despertaron.

Se hallaban profundamente dormidos y tendrían que oír un ruido fuerte para abrir los ojos.

Leo le hizo una indicación a su compañero.

Nat entendió y se acercó a los pies de la cama, quedando Leo junto a la puerta, con el revólver empuñado y apuntando hacia los dormidos Eddy y Ruth.

Leo sonreía, gozando de antemano con el susto que les iban a dar al jugador y a la muchacha.

Nat agarró la sábana y empezó a tirar de ella, lenta y suavemente.

Al deslizarse, la sábana fue descubriendo poco a poco los cuerpos desnudos de Eddy y Ruth.

A Nat le brillaron los ojos cuando contempló los magníficos senos de la muchacha, sus erectos pezones, de amplias y escuras areolas. También a Leo le brillaron las pupilas, recordando que él había besado y

mordisqueado los turgentes pechos de la chica.

La sábana siguió deslizándose, sin que Eddy y Ruth se enteraran de lo que estaba pasando.

Nat y Leo pensaban que se hallaban los dos totalmente desnudos, y esperaban con ansiedad el momento en que la sábana dejase al descubierto la parte media del maravilloso cuerpo de Ruth.

Se quedaron con las ganas, porque la muchacha llevaba puesto el pantaloncito. Y Eddy, el slip.

Desilusionado, Nat acabó de tirar de la sábana, descubriendo las piernas del jugador y de la muchacha. Luego, se volvió hacia su compañero, esperando nuevas instrucciones.

Leo se las dio, siempre con gestos.

Nat sonrió, porque las órdenes que acababa de recibir eran muy de su agrado. Pasó al lado derecho de la cama, que era el que ocupaba Ruth, y empezó a acariciarle suavemente las piernas, comenzando por las rodillas.

La muchacha tuvo un ligero estremecimiento cuando la mano de Nat se paseó por sus muslos.

—Mmmm... —emitió quedamente, sin abrir los ojos. Nat miró a Leo.

Los dos contenían la risa.

Leo indicó a su compañero que continuara hasta que la muchacha se despertara y se llevara el susto padre.

Nat acarició la suave espalda, el estómago, los pechos, pellizcándole los eróticos pezones.

Ruth se estremeció de nuevo y se despertó, abriendo los ojos.

—Oh, Eddy, cariño... —murmuró, pensando que era el jugador quien acariciaba su cuerpo, deseoso de hacer nuevamente el amor.

Cuando vio que Eddy tenía los ojos cerrados, y que no se movía en absoluto, comprendió que no eran las manos del jugador las que recorrían su cuerpo desnudo.

—¡Eddy...! —gritó, respingando con fuerza. El jugador se despertó en el acto.

—¡Apártate, Nat! —ordenó Leo.

Su compañero dio un salto hacia atrás. Eddy irguió el torso con brusquedad.

—¿Qué diablos...? —barbotó.

—¡Tranquilo, Rey del Básquet, o no volverás a lanzar a canasta! —advirtió Leo, apuntándole al pecho con su arma.

Eddy se quedó quieto.

Ruth había erguido también el torso y se cubría los senos con los brazos. Se había puesto muy pálida y le temblaba todo.

—Dios mío, Eddy —gimió, acurrucándose contra él. El jugador la rodeó con su brazo derecho.

—Tranquilízate, Ruth. No permitiré que los tipos te hagan nada.

—¿Y cómo piensas impedirlo, Gibbs...? —preguntó Leo, con burlona sonrisa.

—Sabéis quién soy, ¿eh?

—Sí, nos enteramos poco después de que nos dieras la paliza.

—Entonces, sabréis también que tengo dinero.

—Mucho dinero —asintió Leo.

—¿Cuánto queréis por dejar en paz a Ruth?

—¿Cuánto estarías tú dispuesto a pagar, Gibbs?

—Cualquier cantidad.

—¿Tanto te gusta la chica...? —preguntó Nat.

—Sí, me gusta mucho. Y quiero que os olvidéis de ella. De que existe.

—Hablaremos de eso luego, Gibbs —dijo Leo—. Ahora os vais a vestir los dos y vais a venir con nosotros.

—¿Adónde?

—Ya lo sabréis.

—Quiero saber lo que os proponéis. ¿Cuáles son vuestras intenciones, Leo?

—Te vamos a secuestrar, Gibbs.

—¿Secuestrar...?

—Sí, y pensamos pedir un fuerte rescate por ti. Eres el jugador estrella de Los Pumas, y sin tu concurso no podrán ser campeones. Sus dirigentes pagarán lo que les pidamos, para que te soltemos inmediatamente y sin causarte ningún daño.

—Acabaréis en manos de la policía —advirtió Eddy.

—Si la policía interviene, tú no vivirás para contarlo, Gibbs —aseguró Leo. Ruth tuvo un claro estremecimiento.

—Oh, Eddy... —gimió.

El jugador guardó silencio.

—¡Fuera los dos de la cama, rápido! —ordenó Leo.

CAPÍTULO IX

Eddy y Ruth no tuvieron más remedio que obedecer. El jugador empezó a vestirse.

—¿Dónde están tus ropas, preciosa? —preguntó Leo.

—En el cuarto de baño —respondió Ruth, que seguía cubriéndose el busto con los brazos.

—Ve por ellas, Nat —indicó Leo.

Nat penetró en el baño, cogió la falda y la blusa de Ruth, y salió con ambas prendas en las manos.

—¿Te ayudo a ponértelas, hermosa...? —preguntó, sonriendo.

—Sé vestirme sola —gruñó la muchacha, y le arrebató las dos prendas de un zarpazo. Ruth dio la espalda a los tipos y se enfundó rápidamente la blusa.

Nat devoraba con los ojos a la muchacha, pero Leo estaba exclusivamente pendiente de Eddy Gibbs, de quien temía una reacción violenta al menor descuido. El jugador ya había demostrado que tenía valor.

Y que sabía pelear.

De ahí que Leo no le perdiera de vista ni un segundo. La más pequeña distracción, podía costarles muy cara.

Eddy se había vestido ya, pero Ruth todavía se estaba abrochando la falda.

—Atales las manos a la espalda, Nat —indicó Leo—. Primero, a Gibbs. El jugador movió la cabeza.

—De eso, nada.

—¿Qué?

—Quiero tener las manos libres para poder defender a Ruth, si intentáis algo contra ella. Leo encajó furiosamente los maxilares y estiró el brazo derecho, al tiempo que su dedo índice se curvaba sobre el gatillo.

—¿Sabes lo que vas a tener, Gibbs?

—No.

—¡Una bala incrustada en el corazón! A Ruth casi se le para el suyo.

Eddy, en cambio, sonrió ligeramente y dijo:

—Por los muertos no se paga rescate. Leo.

—¿Eh?

—Que muerto no os serviría de nada, así que no puedes dispararme. Leo lo abrasó con la mirada.

—¿Estás seguro de que no apretaré el gatillo, Gibbs...?

—Absolutamente.

—¡Maldita sea!

Nat, muy nervioso, preguntó:

—¿Qué hago, Leo...?

—¡Atarlos a los dos, ya te lo he dicho! ¡Y si el jugador ofrece resistencia, mataré a la chica! ¡A ella no la necesitamos viva!

Ruth tembló perceptiblemente.

—¡Adelante, Nat! —apremió Leo, que ahora apuntaba a la muchacha.

Nat se aproximó a Eddy, con un pedazo de cuerda en las manos, extraído del bolsillo de su pantalón.

El jugador se dejó atar, por temor a que Leo cumpliese su amenaza y disparase sobre Ruth. Le creía muy capaz de hacerlo, ya que por la muchacha no tenían que pedir rescate alguno.

Para lo único que Ruth les servía era para divertirse con ella, para disfrutar con su cuerpo joven y hermoso. Y él, con las manos atadas a la espalda, no podría impedirlo, a menos que lograse aflojar sus ligaduras antes de que los tipos empezasen a abusar de la muchacha.

En ello confiaba Eddy.

Nat lo ató muy fuerte, lacerándole incluso las muñecas. El jugador compuso un gesto de dolor.

—No seas bestia, Nat. Este emitió una risita.

—Lo siento, pero tengo que asegurarme de que no podrás soltarte por el camino.

Eddy soltó un gruñido y se calló.

Nat se metió la mano en el bolsillo y extrajo otro pedazo de cuerda, atando con él a Ruth, aunque no tan fuerte como al jugador.

—Listo, Leo.

—Muy bien. Ahora, en marcha.

Nat empujó al jugador y a la muchacha.

—Vamos, moveos.

Eddy y Ruth salieron de la habitación y caminaron hacia la escalera, seguidos de Leo y Nat.

Por el rabillo del ojo, el jugador vigilaba a Leo.

Lo tenía mucho más cerca que en la habitación, así que ahora contaba con posibilidades de desarmarlo de una patada. Especialmente, si se revolvía con rapidez.

Eddy tenía las piernas muy largas y muy ágiles, por lo que no tendría dificultades para alcanzar la mano de Leo con la punta del pie. Los problemas vendrían después, ya que, con las manos atadas a la espalda, sería muy difícil reducir a los tipos antes de que uno de ellos consiguiera recuperar la pistola.

Solo podría atacarles con las piernas. Y ellos eran dos.

A pesar de todo, Eddy decidió intentarlo.

Lo único que podía pasar, si fallaba, era que le diesen algunos golpes, porque matarlo, no lo matarían. Lo necesitaban con vida, para obtener un fuerte rescate por él. Eddy esperó hasta que estuvieron junto a la escalera.

Entonces, se revolvió como una centella y disparó la pierna derecha, golpeando fuertemente la mano de Leo.

Este dio un grito de dolor, cuando ya el revólver volaba por los aires. Nat intentó golpear al jugador.

Eddy disparó la otra pierna y logró incrustar la punta de su bota en el bajo vientre del tipo.

Nat lanzó un terrible alarido y se derrumbó en el acto, agarrándose lo que tenía de hombre. Se retorció en el suelo, con los ojos fuertemente apretados y la boca abierta, despidiendo espuma por ella.

Leo, en vez de atacar al jugador, trató de recuperar el revólver. Eddy lo vio correr hacia el arma y él corrió también.

Leo logró empuñar el arma, pero justo cuando se volvía, recibía una patada en la cara.

Cayó de espaldas y perdió nuevamente la pistola.

Eddy se apresuró a darle un puntapié al revólver, enviándolo hacia donde se encontraba Ruth.

—¡Intenta recoger la pistola, Ruth!

La muchacha pisó el arma, para pararla, y enseguida se dejó caer de rodillas, para hacerse con ella.

Nat seguía rabiando de dolor, pero Leo estaba en condiciones de atacar al jugador. Eddy no pudo evitar que Leo lo agarrara de las piernas y lo derribara.

—¡Ya eres mío, maldito! —rugió el tipo, y le atizó un puñetazo en el estómago.

Eddy resistió el dolor y le asestó un tremendo cabezazo en pleno rostro. Era lo único que podía hacer, dar cabezazos, porque Leo le sujetaba las piernas, y como las manos las tenía atadas a la espalda...

El cabezazo hizo su efecto, pues Leo chilló como una rata y le soltó instantáneamente, para agarrarse la cara con ambas manos. Sangraba por la nariz y por la boca.

Eddy se apartó de él y se incorporó con rapidez.

Entretanto, Ruth había conseguido apoderarse de la pistola y también ella se había erguido.

—¡La tengo, Eddy! —gritó, mostrándole el arma.

Justo en aquel momento, Nat empezaba a incorporarse, agarrándose todavía con una mano lo que tanto le dolía. Tenía los ojos llorosos, porque no había podido contener las lágrimas, y babeaba como un sapo.

Su expresión era tan horrible, que Ruth retrocedió, asustada.

—¡Eddy! —chilló.

El jugador se lanzó hacia Nat y le soltó un patadón en los riñones, derribándolo nuevamente.

Leo se estaba levantando ya, con la cara llena de sangre.

—¡Maldito seas, Gibbs! —bramó, y corrió hacia el jugador.

—¡Dispárale, Ruth! —gritó Eddy.

—¿Qué? —respinga la muchacha.

—¡Que le dispares!

Ruth se puso de lado, para poder apuntar al tipo, y apretó el gatillo. Bueno, lo de apuntar era relativo, porque con las manos atadas a la espalda, y sin ninguna experiencia en armas de fuego...

Sin embargo, la muchacha tuvo suene y la bala rozó el muslo derecho de Leo, causándole una herida que sangró inmediatamente.

El tipo aulló y se agarró la pierna.

—¡Bravo, Ruth! —exclamó Eddy—. ¡La próxima bala, entre ceja y ceja! Al oír lo de entre ceja y ceja, Leo se aterrorizó y chilló:

—¡Larguémonos, Nat!

Su compañero se incorporó con sorprendente rapidez, teniendo en cuenta que había recibido una patada en los genitales y otra en los riñones.

Pero es que Nat había oído el disparo.

Y vio cómo la bala hería en la pierna derecha a Leo. La próxima bala podía acabar con Leo.

O con él.

Por eso no se hizo repetir la orden.

Nat y Leo corrieron hacia la escalera y empezaron a bajar por ella.

—¡Fuego, Ruth! —ordenó Eddy.

La muchacha accionó de nuevo el gatillo. Al buen tuntún, como antes.

La suerte volvió a sonreírle, ya que la bala se le llevó a Nat un pedazo de nalga. De la izquierda, concretamente.

Nat aulló, como antes aullara Leo, y ambos acabaron de bajar la escalera a saltos, corrieron hacia la puerta, y abandonaron la casa como perseguidos por una legión de demonios enfurecidos.

CAPÍTULO X

Eddy Gibbs rompió a reír.

—¡Los has hecho huir, Ruth! ¡Eres una tiradora excelente! Ruth Morley abrió la boca.

—¿Yo una tiradora excelente...?

—¡Tú dirás! ¡Has disparado dos veces, con las manos atadas a la espalda, y no has fallado ninguna!

—¡Pues no había disparado una pistola en mi vida, te lo juro!

—¡Mayor mérito, entonces! —siguió riendo el jugador.

—¿Crees que volverán, Eddy...?

—¿Los tipos?

—Sí.

—¡Puedes apostar a que no!

—De todos modos, debes avisar a la policía. Quedan secuestrarte, Eddy, y pedir un buen rescate por ti. Hoy han fracasado, pero pueden intentarlo de nuevo, más adelante, y tener más suerte que esta noche.

—Tienes razón, Ruth. Llamaré a la policía y les contaré lo que ha pasado. Pero antes tendremos que soltamos las manos.

—¿Cómo?

—Yo aflojaré tus ligaduras y podrás desatarte. Después me desatarás tú a mí.

—De acuerdo, inténtalo.

—Deja la pistola en el suelo, Ruth. La muchacha obedeció.

Luego se colocaron de espaldas el uno al otro y Eddy empezó a trabajar con las ligaduras de Ruth.

—No te aproveches, bribón —dijo ella, sonriendo.

—¿Qué?

—Me has pellizcado.

—¿Dónde?

—En una parte blanda.

—No tan blanda.

Ruth lo miró por encima del hombro.

—¿Quieres decir que tengo el trasero duro...? —Granito puro —respondió el jugador, y le dio otro pellizco, esta vez deliberadamente.

La muchacha emitió un gritito y dijo:

—¡Así tienes tú la cara, de granito puro! Rieron los dos alegremente.

Poco después, Ruth tenía las manos libres.

—¡Al fin! —exclamó, frotándose las muñecas, enrojecidas por la

presión de la cuerda.

—Desátame a mí, Ruth.

—Enseguida.

—¡Ay! —gritó el jugador, arqueándose hacia adelante.

—¿Qué te pasa?

—¡Me has pellizcado!

—¿Qué creías, que yo no sabía pellizcar nalgas...? —Esto me lo vas a pagar, bribona.

—Soy una chica pobre.

—No te exigiré dinero.

—¿Qué me exigirás?

—Lo sabrás cuando llegue el momento.

—¿A que no te desato?

—¿Con amenazas a mí...?

—Perdón, amo.

—Así me gusta, que te muestres sumisa.

—Soy tu esclava, ya lo sabes.

—Cínica.

—¿Acaso no dejé que me hicieras el amor...?

—Sí.

—Y te gustó.

—Mucho.

—A mí también —sonrió Ruth, y le soltó otro pellizco.

—¡Auuuuu...!

—¡Esta vez ha sido sin querer, Eddy!

—¡Mi venganza será terrible!

—¡No me asustes! Volvieron a reír los dos.

Segundos después, el jugador tenía las manos libres. Sus muñecas estaban mucho peor que las de Ruth. —Dios mío, la cuerda te ha saltado la piel... —señaló la muchacha, observándoselas.

—El salvaje de Nat apretó con ganas —rezongó Eddy, masajeándose las muñecas.

—Te curaré.

—Después, Ruth. Antes hay que llamar a la policía.

* * *

El teniente Tacker, el sargento Quentin, y los detectives Benson y Dewey se personaron en la casa de Eddy Gibbs pocos minutos después de haber recibido la llamada del jugador.

Naturalmente, los policías conocían a Eddy.

Incluso lo habían visto jugar en más de una ocasión.

Tras el intercambio de saludos, Eddy les refirió lo sucedido desde el

instante en que acudió en ayuda de Ruth, quien también intervino en el relato.

El teniente Tacker sonrió y dijo:

—Le admiraba como jugador, Gibbs, porque es usted el mejor, pero ahora le admiro también como hombre. Rescatar a la muchacha ya tuvo mérito, pero librarse nuevamente de los tipos, teniendo las manos atadas a la espalda, fue toda una hazaña.

—Y que lo diga, teniente —habló el sargento Quentin.

Los detectives Benson y Dewey elogiaron también la actuación del jugador.

—Lo hice por Ruth —dijo Eddy—. Sé que los tipos hubieran abusado de ella.

—Seguro —habló la muchacha, cogiéndole del brazo.

—Bien, no deben preocuparse por nada —dijo Tacker—. No es probable que los tipos vuelvan por aquí, pero, por si acaso, Benson y Dewey vigilarán la casa.

—Gracias, teniente —respondió Eddy.

—Buscaremos a ese par de individuos. No conocemos sus apellidos, pero sí sus nombres. Y su aspecto físico. También el coche que llevan. Si supiéramos el número de la matrícula...

—No me fijé, teniente, ya se lo he dicho.

—Ni yo —dijo Ruth.

—No importa. Daremos con ellos de todas formas. El revólver es otra buena pista.

—Espero que los encuentren pronto, teniente —dijo Eddy—. Son dos tipos muy peligrosos y merecen estar entre rejas.

—Estarán, no lo dude.

Conversaron unos minutos más, y luego el teniente Tacker y el sargento Quentin se marcharon, dejando a los detectives Benson y Dewey encargados de la vigilancia de la casa.

* * *

Eddy y Ruth habían vuelto al dormitorio, pero todavía no se habían metido en la cama. Ni siquiera se habían desvestido.

—Entre unas cosas y otras, esta noche vamos a dormir muy poco, Ruth —dijo el jugador.

—Es verdad.

—Menos mal que mañana es domingo y no hay entrenamiento.

—Lo siento, Eddy.

—¿Qué no haya entrenamiento...? La muchacha rio.

—No, hombre.

—¿Qué es lo que sientes, entonces...?

—Que no hayas podido descansar como acostumbras. Toda la culpa es mía. Si no nos hubiéramos conocido...

—Leo y Nat te habrían violado y ahora te sentirías muy desgraciada.

—Sí, eso es verdad. Tú lo evitaste, Eddy.

—Y no me arrepiento, te lo aseguro.

—Lo sé.

—Tampoco me arrepiento de haberte traído a mí casa. Ni de haber hecho el amor contigo.

—Pero estás cansado, Eddy. Y tienes sueño.

—Ahora podremos descansar tranquilos. Y dormir un montón de horas seguidas. La casa está vigilada, así que...

—No perdamos ni un minuto más, Eddy —dijo Ruth, desabrochándose ya la blusa.

—¿A que me desvisto antes que tú?

—¿A que no?

—Verás.

Se quitaron la ropa con gran rapidez y saltaron sobre la cama los dos casi al mismo tiempo. Como Ruth lo hizo un segundo antes, gritó:

—¡Gané!

—Sí, me has vencido —reconoció Eddy, cogiéndola por los hombros, con suavidad—. ¿Qué quieres como premio?

—Me conformo con un beso.

Eddy la besó en los labios, largamente, al tiempo que sus manos recorrían el sensual cuerpo de la muchacha, acariciadoras.

Ruth le cogió la cabeza y le obligó a interrumpir el apasionado beso.

—Dije que me conformaba con un beso, Eddy... —recordó.

—Yo no, cariño —respondió el jugador, y volvió a unir su boca a la de ella.

CAPÍTULO XI

Por la mañana, casi al mediodía, porque se levantaron tarde, Eddy y Ruth fueron al apartamento de la muchacha, para recoger las cosas de esta y llevarlas a la casa del jugador.

Benson y Dewey habían sido reemplazados en su tarea de vigilancia por otros dos detectives, uno de los cuales escoltó a Eddy y Ruth, en su coche, quedando el otro policía vigilando la casa.

Eddy detuvo su Alfa-Romeo frente al 808 de Claymont Avenue, y él y Ruth se apearon. El policía que los escoltaba salió también de su vehículo y subió con ellos al apartamento.

No era probable que Leo y Nat estuviesen allí, esperando a Ruth, pero había que tomar precauciones. Los tipos seguían teniendo la llave del apartamento de la muchacha, así que no había que confiarse.

Una vez arriba, el policía tanteó la puerta.

Estaba cerrada con llave, y como Ruth no disponía de ninguna, el detective decidió utilizar una ganzúa. Con ella, abrió la puerta en menos de un minuto y pudieron penetrar en el apartamento.

Entró primero el policía, con su revólver en la diestra.

No tuvo necesidad de usarlo, porque Leo y Nat no se hallaban en el apartamento. No habían vuelto por él, desde la noche anterior. Y quizá no volvieran nunca más, porque sería muy arriesgado.

Ruth puso sus cosas, las más imprescindibles, en una maleta. Eddy le ayudó.

Después, abandonaron el apartamento, cerrando Ruth la puerta con la llave que había cogido del cajón de su mesilla de noche. La guardaba allí por si alguna vez perdía la otra llave.

Regresaron a la casa de Eddy.

Ruth preparó el almuerzo y comieron con buen apetito. Cuando terminaron de almorzar, el jugador dijo:

—Tengo que hacer un par de horas de siesta.

—¿Órdenes del entrenador? —preguntó Ruth.

—Sí, la siesta es obligada.

—Que disfrutes de ella, pues.

—¿A ti no te apetece hacer la siesta, Ruth?

—No.

—¿Seguro?

—No estoy acostumbrada, Eddy.

—Sube conmigo y échate un rato, ¿quieres?

—No.

—¿Por qué?

—Me harías el amor otra vez y no debes quemar más energías conmigo. Anoche lo hicimos dos veces, así que ya está bien. No quiero que pierdas la forma por mí culpa.

—¿Y si te prometo que no haremos otra cosa que dormir y descansar...?

—Eso lo dices ahora, que estoy vestida, pero si me meto en la cama contigo, desnuda, empezarás a acariciarme y acabarás encima de mí, como anoche.

—Sé controlarme, Ruth.

—Pues anoche no lo demostraste. Habíamos hecho ya el amor, pero te dio por repetir.

—Tengo toda la semana por delante para recuperar las energías perdidas, no te preocupes.

—Yo me ocuparé de que las recuperes, te lo aseguro.

—¿Qué quieres decir?

—Que no haremos el amor en toda la semana.

—¿Ni siquiera una vez...? Ruth sacudió la cabeza.

—Hasta después de tu próximo partido no me meteré en la cama contigo. Dormiré en otra habitación. Y echaré el cerrojo.

—No exageres, Ruth.

—Como lo oyes.

—Qué dura eres.

—Lo siento, pero no quiero que nadie me culpe si Los Pumas pierden el próximo partido.

—Está chupado.

—¿Qué?

—Jugamos en Sacramento, contra Los Leones, que van muy mal clasificados. Les vamos a dar una soberana paliza.

—¿Estás seguro?

—Sí, los arrollaremos. Es un partido ganado de antemano.

—Creo que lo dices para que me acueste de nuevo contigo.

—No, de veras.

—De todos modos, sigo en mis trece. Nada de cama hasta después del partido contra Los Conejos de Sacramento. Eddy se echó a reír.

—¡Los Leones, Ruth! —corrigió.

—Acabas de decir que no tienen nada de fieros, ¿no?

—Sí, pero...

—Entonces, no merecen llamarse Los Leones. Los Conejos les va mejor.

—¡Tú y tu sentido del humor! —rio de nuevo el jugador.

—Hale, a la cama, que se te va a pasar la hora de la siesta —apremió

Ruth. Eddy se levantó, la besó, y se fue para arriba.

* * *

Ruth cumplió su palabra y no durmió con Eddy aquella noche. El lunes, la muchacha acudió a su trabajo.

Eddy la llevó en su coche y después acudió al entrenamiento, escoltado por un policía.

El teniente Tacker y sus hombres no habían dado todavía con Leo y Nat, pese a que no habían dejado de buscarlos ni un solo instante. No encontraban su coche y el revólver no pudo servirles de pista, porque era robado.

Al término del entrenamiento, el teniente Tacker habló con Eddy y le informó de cómo iban las cosas.

—Así que los tipos no aparecen, ¿eh, teniente?

—Es posible que hayan abandonado la ciudad, Gibbs.

—¿Usted cree?

—Debieron adivinar que nos llamaría usted para denunciar el intento de secuestro, y que empezaríamos a buscarlo inmediatamente. O se han escondido en algún lugar seguro, del que no piensan salir en bastantes días, o se han largado de la ciudad.

—Me inclino por lo primero, teniente. ¿Y sabe por qué?

—Dígamelo.

—Leo tenía una herida en un muslo, y Mat, otra en el trasero. Aparte de otros golpes serios y dolorosos. No estaban en condiciones de viajar.

—Sí, eso es verdad.

—Seguro que están escondidos, teniente.

—Bien, más pronto o más tarde tendrán que salir de su escondrijo, y entonces los atraparemos, porque vamos a seguir buscándolos día y noche. Y protegiéndole a usted, Gibbs.

—Gracias, teniente.

—Queremos que Los Pumas sean campeones.

—Por nosotros no va a quedar, se lo aseguro.

—¿Ganarán a Los Canguros, Gibbs?

—Espero que sí.

—En la primera vuelta del campeonato vencieron ellos.

—Jugaban en su cancha, teniente, animados por su público. Aun así, perdimos solo por tres puntos.

—Sí, lo recuerdo muy bien.

—En nuestra cancha, con el apoyo de nuestro público, podemos derrotar a Los Canguros. Será fácil, pero nos partiremos todos el pecho y lo conseguiremos. El teniente Tacker sonrió.

—No pienso perderme ese partido, Gibbs.

* * *

Cuando Ruth salió de los almacenes en donde trabajaba, Eddy la estaba esperando ya, sentado en su coche. La muchacha vio el Alfa-Romeo del jugador y corrió hacia él.

Eddy le abrió la portezuela y Ruth se introdujo en el coche.

—Hola, cariño —dijo ella, y le besó.

—¿Qué tal te ha ido, Ruth?

—Bien. ¿Y a ti en el entrenamiento...?

—Mal.

—¿Qué pasó?

—El balón me pesaba como una sandía y las piernas se me doblaban.

—¿En serio...? —se alarmó la joven.

—Sí, estoy hecho polvo.

—Dios mío, ¿por qué me acostaría contigo? ¿Y por qué te permitiría repetir?

—Me temo que no podremos hacer el amor de nuevo hasta que termine el campeonato.

—De acuerdo, Eddy, de acuerdo.

—¿Podrás resistir tanto?

—Sí, no te preocupes.

—Pues yo no —dijo el jugador, y la besó con pasión, al tiempo que le deslizaba la mano por debajo de la falda.

Ruth le puso las manos en el pecho y lo empujó, obligándole a interrumpir el beso.

—¿Es que te has vuelto loco, Eddy...? ¿Quieres hundir a tu equipo...? El jugador no pudo contener la risa por más tiempo.

—¡Todo ha sido una broma, Ruth!

—¿Broma...?

—¡En el entrenamiento me he sentido fenomenal! ¡Más fuerte y más ágil que nunca!

¡Hacer el amor contigo es como ingerir vitaminas!

—¡Maldito! —rio también la muchacha, y le dio una bofetadita. Eddy la besó de nuevo con ardor.

Y, esta vez, Ruth no le empujó.

Lo que hizo fue devolverle el beso con idéntica pasión.

CAPÍTULO XII

En toda la semana, Leo y Nat no hablan dado señales de vida. Era sábado.

El día del partido contra Los Leones.

Los Pumas viajaron a Sacramento, en avión, por la mañana.

A Ruth le hubiera encantado formar parte de la expedición, porque deseaba ver jugar a Eddy, pero tuvo que quedarse en Los Ángeles. El jugador le hizo comprender que no podía acompañar al equipo, que tendría que viajar sola, por su cuenta, y no debía arriesgarse.

Al próximo partido, a disputar en la cancha de Los Pumas, sí podría asistir. Sería, además, un encuentro mucho más emocionante, ya que el rival sería el equipo de Atlanta, el líder de la competición, el otro aspirante al título de campeón.

El choque contra Los Canguros prometía ser tan interesante y decisivo, que varias cadenas de televisión estaban realizando ya las gestiones oportunas para transmitirlo.

El partido contra Los Leones de Sacramento, pese a ser mucho menos interesante, dada la manifiesta superioridad de Los Pumas de Los Ángeles, también podría verse por televisión.

Y es que siempre era un espectáculo ver jugar a Eddy Gibbs, la estrella de Los Pumas, El Rey del Básquet. Especialmente, para los aficionados al baloncesto, que eran muchos.

El hecho de que el partido contra Los Leones fuera ofrecido íntegramente por televisión hizo que Ruth no sintiera tanto el no haber podido viajar a Sacramento.

Vería jugar igualmente a Eddy a través de la pantalla del televisor.

No sería tan emocionante como verlo jugar en persona, pero se conformaba. Se había sentado ya frente al televisor y lo tenía conectado, esperando con viva ansiedad que diera comienzo el partido.

Faltaban solo unos minutos.

Ruth se había preparado una bebida y, entre sorbo y sorbo, le daba una nerviosa chupada al cigarrillo que tenía entre los dedos de su mano derecha.

Para sentirse más cómoda, se había desvestido y se había colocado su bata de baño. Era muy corta y le dejaba totalmente al descubierto las piernas, limpias ya de señales, como sus pechos, porque en aquellos siete días habían desaparecido todas.

Por fin, en la pantalla del televisor apareció el anuncio de la conexión

con las instalaciones deportivas del equipo de Los Leones.

—¡Ya era hora! —exclamó Ruth, removiéndose inquieta en el sofá.

La conexión se realizó sin problemas y la cancha de Los Leones apareció en la pantalla. Las cámaras ofrecieron una panorámica de los graderíos, totalmente abarrotado de público.

Y es que los aficionados de Sacramento tenían ganas de ver personalmente en acción a Eddy Gibbs, el mejor jugador del país. Poco importaba que su equipo favorito, Los Leones, no tuviera apenas nada que hacer frente a Los Pumas.

Lo importante era ver jugar a El Rey del Básquet, deleitarse con sus continuas diabluras, gozar con sus maravillosos encestes.

Los dos equipos se encontraban ya en la cancha, correteando, saltando, y lanzando a canasta, mientras se consumían los minutos previos al partido. Ruth vio a Eddy y levantó la mano al instante.

—¡Eddy, amor mío! —exclamó, como si él pudiera verla y oírla.

Poco después, el árbitro principal ordenaba el comienzo del encuentro. Enseguida se puso de manifiesto la superioridad de Los Pumas.

El equipo de Los Ángeles, magníficamente dirigido por Eddy Gibbs, se hizo dueño absoluto de la cancha y los encestes se sucedieron con una facilidad asombrosa.

Ruth saltaba de alegría cada vez que Los Pumas metían la pelota en el aro de Los Leones.

Especialmente, si la canasta la conseguía Eddy. Y Eddy conseguía muchas.

Era el máximo encestador de su equipo.

—¡Bravo, Eddy, bravo! —exclamó Ruth, aplaudiendo rabiosamente. Y eso que apenas entendía de baloncesto.

En realidad, hacía años que no presentaba un partido de «básquet»,

Pero no importaba.

Estaba viendo jugar a Eddy, de quien se había enamorado locamente, y ganar a Los Pumas, su equipo.

Era más que suficiente para sentirse feliz.

—¡Estoy disfrutando más que un tonto con un lápiz! —dijo, tras una sensacional canasta de Eddy.

Al descanso, se llegó con el resultado de 28-52 favorable a Los Pumas. Una ventaja clara, rotunda, aplastante, que demostraba la superioridad del equipo de Los Ángeles.

La segunda parte no se diferenció en nada de la primera.

Los Pumas siguieron dominando claramente el partido y logrando canastas. Los Leones hacían todo lo que podían por impedirlo, pero no conseguían frenar al conjunto de Los Ángeles.

Era una máquina de hacer baloncesto. Y el motor, claro, era Eddy

Gibbs. Siempre seguro.

Siempre inteligente.

Siempre ágil, fuerte y rápido.

No acusaba el esfuerzo, pese a que el partido estaba ya en los últimos minutos.

«¿Será verdad que hacer el amor conmigo es como ingerir vitaminas...», se preguntó en voz alta Ruth, al ver que Eddy no se agotaba.

Y es que lo habían hecho una vez más. El miércoles por la noche.

Ruth no quería, pero Eddy insistió tanto que...

Bueno, la verdad es que ella también quería, pero se negaba porque temía perjudicar a Eddy.

Ahora estaba segura de que no, porque Eddy se veía físicamente entero. Más que ninguno de los jugadores que corrían con él por la pista, y eso que algunos habían recibido unos minutos de descanso, al ser sustituidos.

Eddy, como de costumbre, no había sido sustituido ni una sola vez. Y allí estaba, derrochando facultades.

—¡Te quiero, Eddy, te quiero! —gritó Ruth, y le lanzó un beso. Poco después, el encuentro finalizaba.

Y con un marcador escandaloso.

¡54-106!

Eddy ya había dicho que iban a propinar una soberana paliza a Los Leones. Y se la habían propinado.

El público, muy deportivo, ovacionó largamente a Los Pumas cuando el partido concluyó. De manera especial, a Eddy Gibbs, que les había brindado toda una exhibición del mejor «básquet», y justo era que se lo agradecieran aplaudiéndole con fuerza.

El jugador saludó a los espectadores antes de retirarse de la cancha con sus compañeros, y Ruth se emocionó, hasta el punto de que se le humedecieron los ojos.

—Cómo le quiero, Dios mío... —musitó.

* * *

Leo tenía ya curada la herida que recibiera en el muslo derecho. Y Nat, la herida de su nalga zurda.

Era quien peor lo había pasado aquella semana, porque durante varios días no pudo sentarse y se veía obligado a dormir boca abajo. Además, el dolor de sus órganos genitales tardó en desaparecer, y eso tampoco se lo perdonaba a Eddy Gibbs.

Lo había maldecido por lo menos un millón de veces. Y a Ruth Morley también.

—Tenemos que vengamos, Nat —gruñó Leo.

—Me gustaría tanto como a ti, pero creo que debemos olvidarnos del

jugador y de la chica, Leo —repuso Nat.

—¿Olvidamos, después de lo que nos hicieron...? ¡La chica estuvo a punto de liquidamos, Nat!

—No me lo recuerdes, que se me eriza el vello.

—¡Nos lo tienen que pagar!

—La policía debe estar buscándonos, Leo.

—Pero no nos ha encontrado.

—Porque hemos permanecido escondidos, lo mismo que nuestro coche. Si nos dejamos ver, nos echaran el guante.

—Ha pasado una semana, Nat.

—¿Y qué?

—¡Pues que no somos los únicos delincuentes que hay en Los Ángeles, demonio!

—Lo sé, pero sí somos los únicos que han intentado secuestrar a Eddy Gibbs *el Rey del Básquet.* Por eso nos estarán buscando más tiempo y con más ganas que a los demás.

—La policía debe pensar que hemos abandonado la ciudad, Nat.

—Hubiera sido lo más sensato, pero no pudimos, porque no estábamos en condiciones.

—Tenemos que volver a la casa del jugador.

—¡Ni hablar!

—No sacaremos el coche. Robaremos uno.

—¡La casa de Gibbs estará vigilada, Leo!

—¿Todavía...?

—¡Pues claro!

—Lo averiguaremos, Nat. Si está vigilada, y no nos podemos acercar, nos volveremos y en paz.

—No, yo no voy.

—¡No seas gallina, Nat!

—¡La otra vez te hice caso y ya viste lo que pasó!

—¡Estuvimos a punto de conseguirlo, reconócelo! ¡Teníamos al jugador y a la chica, los dos con las manos atadas a la espalda! ¡Ni yo mismo me explico cómo fallamos!

—¡Pero fallamos!

Leo lo agarró por los hombros y se los apretó con fuerza.

—Esta vez no fallaremos, te lo juro.

CAPÍTULO XIII

Aquella noche, eran Benson y Dewey los detectives que vigilaban la casa de Eddy Gibbs. Tenían el coche perfectamente oculto y permanecían en él, fumando tranquilamente.

El jugador había regresado ya de Sacramento y conversaba con Ruth Morley en el salón. Estaban sentados en el sofá, y como la muchacha seguía luciendo su corta bata de baño, Eddy podía acariciarle las piernas.

Y más cosas.

Ruth le dejaba hacer, complacida, y de vez en cuando se besaban.

Ni siquiera sospechaban que Leo y Nat se aproximaban a la casa, con enormes deseos de venganza. De manera especial, Leo, porque Nat tenía más miedo que deseos de vengarse.

—Espera un momento, Leo —rogó Nat, cogiéndolo del brazo.

—¿Qué demonios te pasa ahora? —gruñó su compañero.

—Estoy nervioso, no puedo evitarlo.

—No hay nadie vigilando la casa, Nat.

—¿Seguro?

—¿Ves tú a alguien?

—No, pero...

—Te lo dije, Nat. La policía cree que nos hemos largado de la ciudad. Se han olvidado de nosotros.

—Ojalá sea cieno.

—Vamos, camina. Nos colaremos por una ventana, como la otra vez. Ya viste lo fácil que fue forzarla.

—La salida fue más difícil, y eso que lo hicimos por la puerta —recordó Nat.

Leo emitió un gruñido.

—No hagas chistes, maldita sea. No es el momento.

—Perdona.

—Vamos, sígueme.

Se aproximaron más a la casa, cautelosamente.

A pesar de ello, fueron descubiertos por la pareja de detectives.

—Mira eso, Dewey.

—Son los tipos, Benson.

—Parece que quieren intentarlo de nuevo, ¿eh? —Sí, son unos chicos obstinados.

—Vamos por ellos, Dewey.

—Encantado.

Empuñaron sus armas y salieron del coche, yendo rápidamente hacia la casa.

—¡Quietos! —ordenó Benson.

—¡No os mováis de ahí! —dijo Dewey—. ¡Y levantad las manos! Nat dio un fuerte respingo y alzó los brazos en el acto, gritando:

—¡Me dorin!

—¿Qué dice ese? —rezongó Benson.

—¡Me rindo! —rectificó nerviosamente Nat.

—¡Lo había dicho al revés! —exclamó Dewey, riendo.

—¡Pues yo no me rindo! —rugió Leo, arrojándose al suelo, al tiempo que extraía una pistola.

—¡Cuidado, Dewey! —gritó Benson, y disparó sobre el tipo. Dewey disparó también.

Los policías no fallaron y Leo recibió dos impactos en el pecho, sin haber llegado a accionar el gatillo de su arma, y pasó a mejor vida en solo unos segundos.

* * *

Los estampidos se escucharon en el interior de la casa. Ruth respingó en el sofá.

—¡Son disparos, Eddy! —gritó, abrazándose al jugador.

Este la agarró por los hombros y la obligó a separarse de él.

—¡Voy a ver lo que ocurre, Ruth! —dijo, saltando del sofá.

—¡Voy contigo!

—¡No, espera aquí!

Eddy salió disparado del salón.

Ruth, desobedeciendo la orden del jugador, brincó del sofá y corrió tras él.

Eddy alcanzó la puerta de la casa y abrió, descubriendo a los detectives Benson y Dewey, con las armas empuñadas, a Nat con los brazos en alto, temblando como un flan, y a Leo tirado en el suelo, con el pecho lleno de sangre.

Los policías le contaron lo sucedido.

Ruth lo oyó, pues ya se hallaba junto a Eddy. Benson dijo:

—Ya no va a necesitar protección, Gibbs. Los tipos no volverán a molestarle.

—El uno porque está muerto, y el otro porque se va a pasar una larga temporada entre rejas —añadió Dewey.

* * *

El cadáver de Leo había sido retirado ya y Nat conducido a la

comisaría, esposado. Eddy y Ruth habían regresado al salón.

—Menos mal que la casa estaba vigilada, ¿eh, Eddy? —comentó la muchacha.

—Sí.

—Ahora ya no tenemos nada que temer. Podremos dormir tranquilos.

—¿Juntos...?

—Esta noche, sí —sonrió Ruth.

—¿Y mañana...?

—También.

—¿Y las demás noches...?

—Cada uno en su habitación, excepto el miércoles, que volveremos a hacer el amor.

—El mismo calendario de la semana pasada, ¿eh?

—Sí.

—Me sabe a poco.

—A mí también, pero el sábado tenéis que jugar contra Los Canguros y quiero que estés en forma, porque no podéis perder ese partido tan importante.

—Estaré en forma, no te preocupes —aseguró Eddy, y la besó ardorosamente en los labios.

* * *

Había llegado el gran día.

El del choque contra Los Canguros.

Los graderíos de las instalaciones deportivas de Los Pumas se hallaban a rebosar. Mezclados entre el público, se encontraban el teniente Tacker, el sargento Quentin, y los detectives Benson y Dewey, que deseaban presenciar el partido en vivo, y no a través de una pantalla de televisión.

Ruth Morley también se hallaba presente, claro.

Ocupaba una de las mejores localidades, ya se había preocupado Eddy de eso. La muchacha estaba tan nerviosa que mordía su bolso una y otra vez.

¡Y eso que el partido aún no había comenzado!

Pero empezaría muy pronto, porque los jugadores de ambos equipos se encontraban ya en la cancha.

El encuentro iba a ser realmente dramático, ya que Los Canguros seguían al frente de la clasificación, con dos puntos de ventaja sobre Los Pumas.

Si vendan Los Canguros, serían campeones. Y si empataban, también.

Incluso podían serlo si perdían el partido por uno o dos puntos, ya que ellos habían vencido a Los Pumas, en Atlanta, por tres puntos de diferencia.

Los Pumas, pues, tenían que ganar el partido y por tres puntos como

mínimo de ventaja, para poder ser campeones, así que lo tenían más difícil que Los Canguros.

Pero iban a intentar la hazaña.

El partido dio comienzo y, desde el primer momento, ambos equipos se entregaron sin reservas.

La lucha era titánica. Emocionante.

Los espectadores vibraban.

El recinto deportivo se estremecía cada vez que Los Pumas encestaban.

Al término de la primera parte, se llegó con el resultado de 51-50 favorable al equipo local. Una ventaja mínima, insuficiente, pero aún quedaba la segunda parte.

Las espadas, por tanto, seguían en alto.

Ruth se habían comido un buen pedazo de bolso, y seguramente se lo acabaría de zampar en la segunda parte del partido, porque no sabía controlar sus nervios. El segundo tiempo comenzó y la feroz lucha se reanudó.

Nadie daba tregua a nadie.

El partido era demasiado importante.

El marcador, siempre muy apretado, reflejaba perfectamente la igualdad de fuerzas. A cinco minutos del final, señalaba 86-85.

A tres minutos, 91-91. A dos minutos, 95-93. A un minuto, 99-97.

Y cuando solo faltaban escasos segundos para que concluyera el encuentro, el marcador reflejaba un 101-99.

Era suficiente para Los Canguros, pero no para Los Pumas.

El balón lo tenía Eddy, pero los contrarios no le permitían acercarse a su zona, y como ya no quedaba tiempo para nada, el jugador se arriesgó a lanzar a canasta desde muy lejos.

Miles de ojos siguieron la trayectoria de la pelota, muy abiertos, y cuando vieron que caía sobre el aro de Los Canguros, y que este la engullía limpiamente, el estallido de júbilo lastimó un buen número de tímpanos.

E P I L O G O

No era para menos.

Solo un jugador tan excepcional como Eddy Gibbs podía lograr una canasta así, lanzando la pelota desde tan lejos, con matemática precisión.

Y había sido una canasta decisiva, porque dejaba el marcador en 103-99 para Los Pumas. Cuatro puntos de ventaja, que colocaban al equipo de Los Ángeles en cabeza de la clasificación, rebasando a Los Canguros.

Una cabeza que Los Pumas ya no perderían, pues solo quedaban dos jomadas para que finalizase el campeonato y los rivales del equipo de Los Ángeles no eran de los peligrosos, por lo que podía darse como seguro que Los Pumas ganarían claramente esos dos partidos y se proclamarían campeones.

De ahí el júbilo indescriptible de los aficionados.

Habían sufrido mucho durante el partido, pero ahora se veían recompensados, gracias a la increíble canasta de Eddy Gibbs *el Rey del Basquet, que* estaba siendo paseado a hombros por toda la pista por sus propios compañeros, quienes lloraban de alegría.

También Ruth Morley lloraba. Ya casi no le quedaba bolso.

El último bocado se lo dio cuando Eddy lanzó a canasta desde tan lejos. Mientras el balón iba por el aire, los dientes de la muchacha se hincaron con fuerza en el bolso.

En lo que quedaba de bolso, que era muy poco.

Después su alegría fue inmensa al ver que la pelota se metía en el aro y Los Pumas lograban su objetivo.

El recinto deportivo era una fiesta.

Y la fiesta se prolongó durante bastantes minutos.

Pero acabó, como todo, y Eddy y Ruth regresaron a casa.

Aquella noche, naturalmente, se acostaron juntos e hicieron el amor. Después el jugador dijo:

—El lunes no irás a trabajar, Ruth.

—¿Por qué?

—Quiero que te quedes en la casa.

—¿Cómo asistenta?

—Como mi esposa.

—¿Qué...?

—Vamos a casarnos, Ruth.

—Eddy... —musitó la muchacha, que apenas podía hablar, porque la emoción la embargaba.

El jugador le acarició suavemente el rostro.

—Te quiero, Ruth. Te quiero muchísimo —dijo, y la besó en los labios, con ternura.

Ella le echó los brazos al cuello y apretó, como pidiendo que el beso fuera más intenso y profundo.

Y lo fue.

Tan intenso y tan profundo, que minutos después unían sus cuerpos de nuevo, gozando otra vez de las delicias del amor.

El amor que sentían el uno por el otro.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.